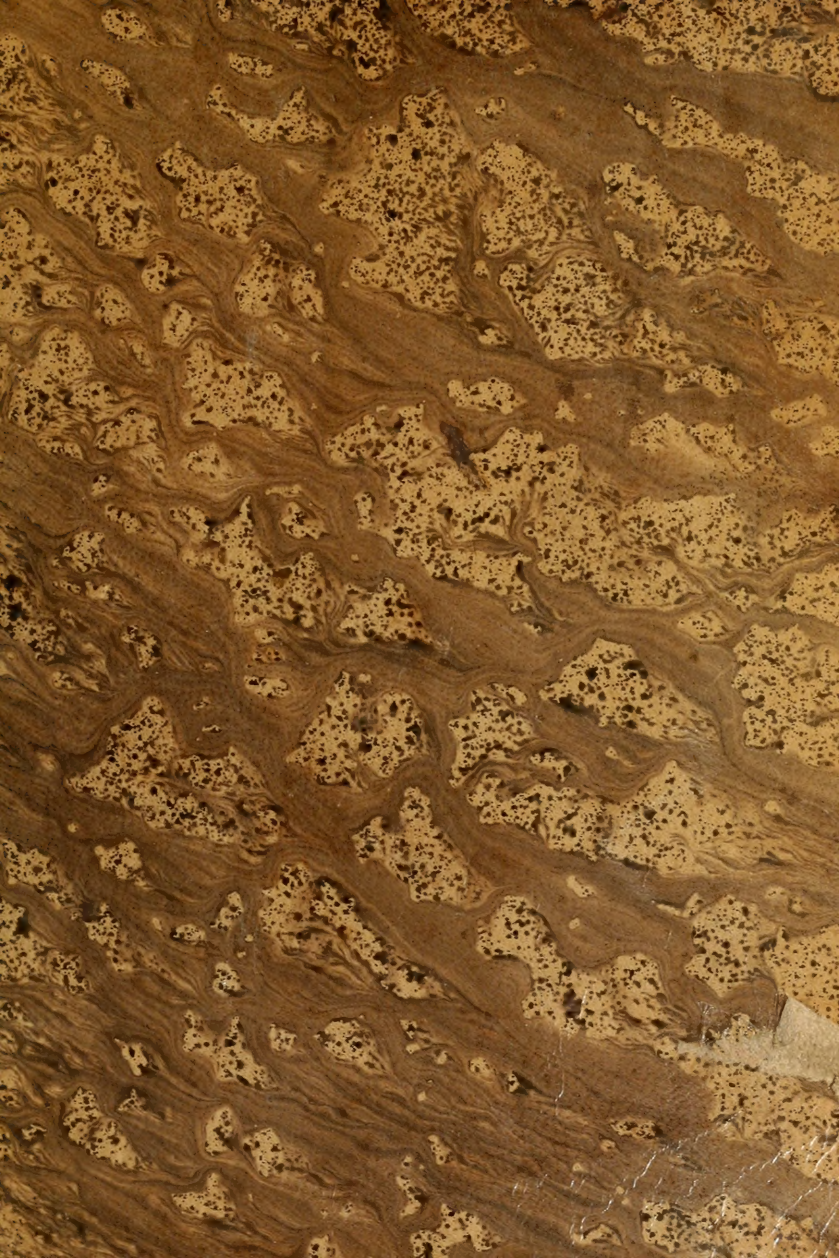
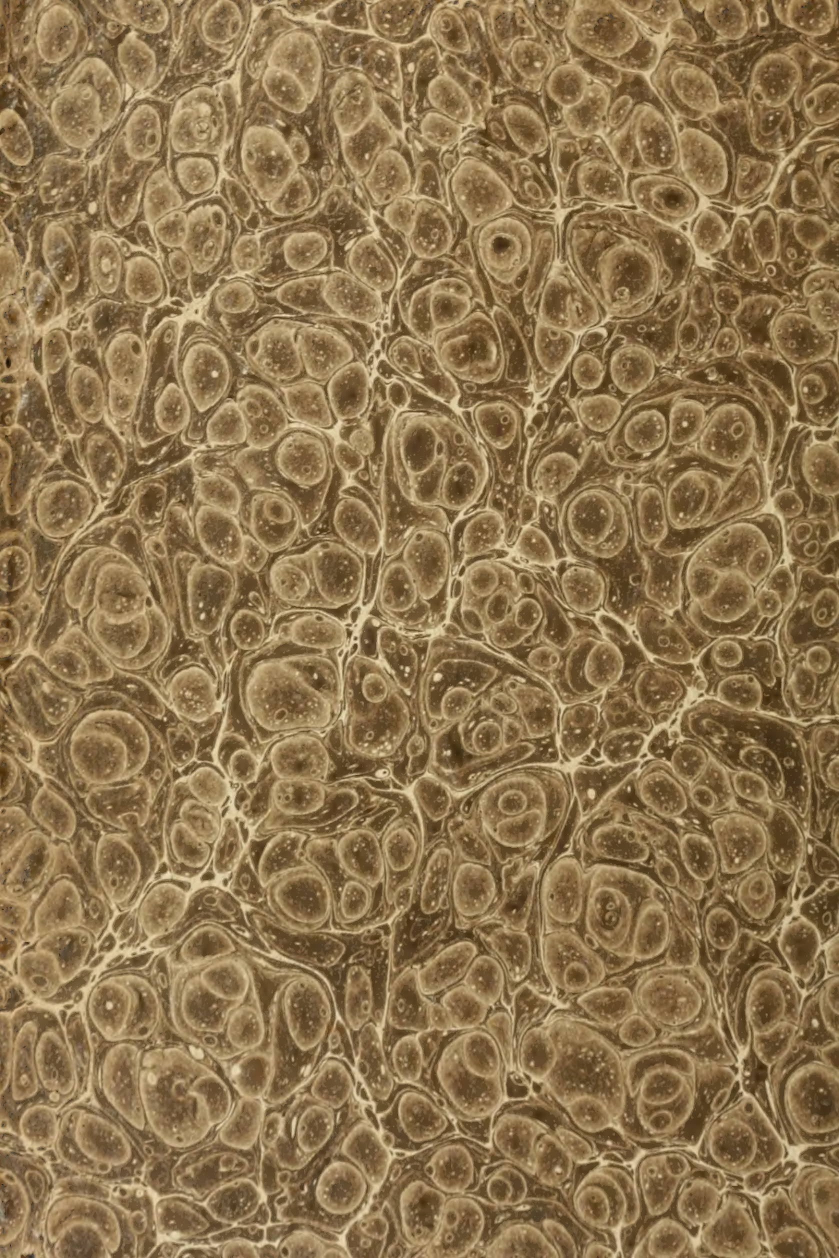
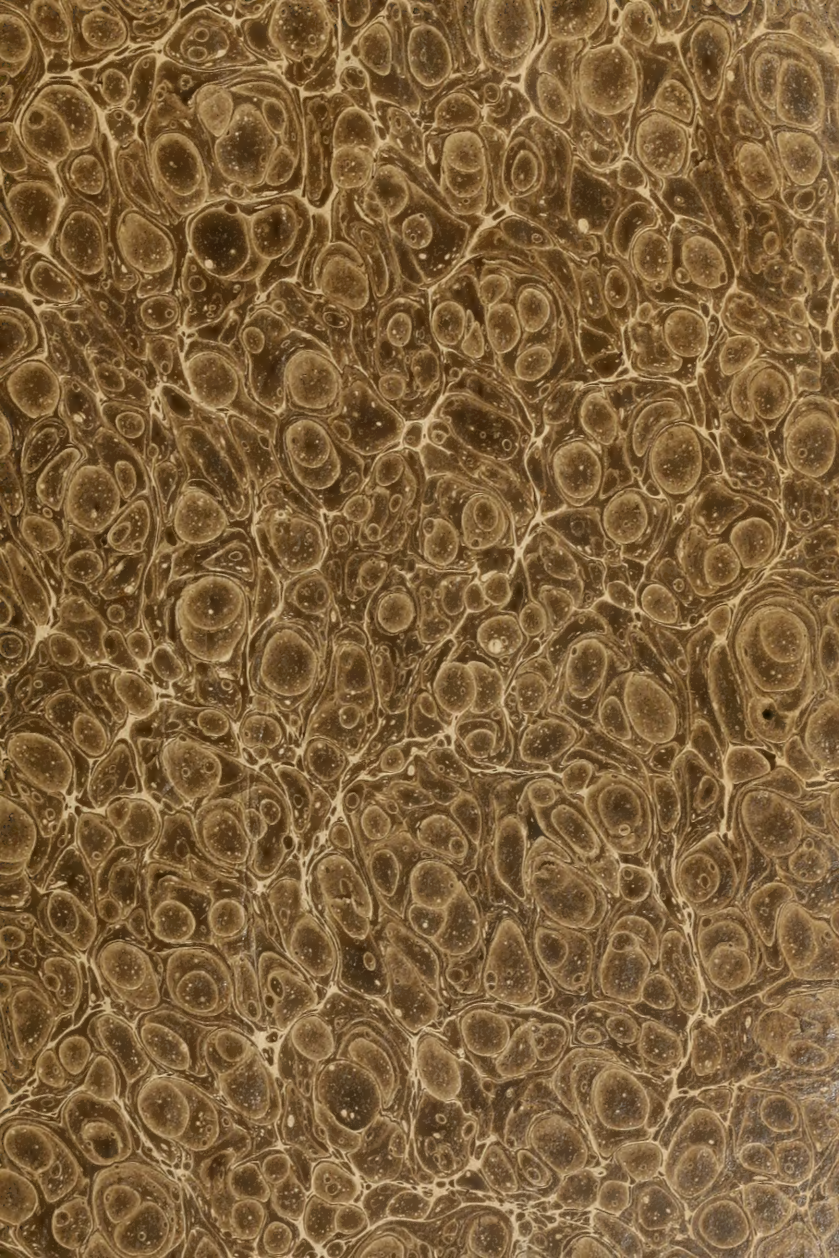






DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO CODERA

DISCURSOS

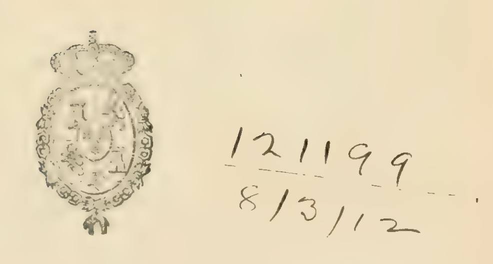
LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO CODERA

EL DÍA 15 DE MAYO DE 1910



MADRID
«Imprenta Ibérica».—Estanislao Maestre
Calle de las Pozas, núm. 12.
1910

SEÑORES ACADÉMICOS:

Ajeno por completo á los estudios puramente literarios y alejado de los filológicos, á los que tuve alguna afición hace largos años, fuí sorprendido por la amable invitación de amigos cariñosos, que habían pensado en proponer mi candidatura para una de las vacantes en esta Real Academia; no supe resistirme bastante á prestar mi asentimiento, obtenido el cual, acogisteis benévolos la propuesta en mi favor para ocupar la plaza que entre vosotros había quedado vacante por muerte del Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio.

Dispensad si he tardado tanto tiempo en venir á rendiros público testimonio de mi gratitud; ofrecí, no por fórmula, pues tenía intención de llenar lo antes posible el precepto reglamentario, presentaros la ofrenda de mis escasos conocimientos en las materias de vuestro Instituto y me puse á trabajar; pero á medida que iba reflexionando acerca del tema elegido para mi trabajo y tomando notas, se extendía mi deseo de reunir nuevos datos que pudiera encontrar en comprobación de mi tesis, llevándome mi afición con mucho gusto á volver á leer libros consultados con otro objeto, acumulando notas filológicas que quizá pudiera utilizar; pero la multitud de ellas aumentaba la dificultad del trabajo, porque mi habitual repugnancia y poca facilidad para redactar crecían cada vez más ante la convicción profunda de no saber escribir, ya que no con amenidad, al menos de un modo que no os hubiera de cansar mucho, tanto más habiendo de tratar tema árido por naturaleza.

La consideración de la persona á quien vengo á reemplazar aumentaba la dificultad del trabajo, pues sabía que mi dis-

curso había de carecer de la fluidez y elegancia del que ante vosotros leyera mi antecesor D. Manuel del Palacio, cuyo mérito implícitamente he confesado que no puedo apreciar; así que, para rendir culto á su memoria, contra las tendencias de mi carácter, que no se aviene á aceptar sin asimilación propia lo dicho por otros, me habréis de permitir sea breve tornavoz de lo que otros han dicho.

Don Manuel del Palacio ocupó durante largo tiempo un lugar distinguido entre los poetas españoles, especialmente en la poesía lírica, siendo uno de los más conocidos y populares por las muchas composiciones suyas que se publicaban en los periódicos, principalmente en *El Imparcial,* donde al darse noticia de su muerte se añadía (1):

«Sonetos, canciones, poemas y epigramas salían á raudales de su pluma. Su fecundidad fué pasmosa, inagotable el manantial de su inspiración. En su obra poética alienta lo tierno y lo melancólico con lo satírico y burlesco: sus rimas eran siempre fáciles y de genuina cepa castellana, y manejaba la prosa como un clásico.»

Una sola vez tuve ocasión de hablarle, y por cierto con motivo que honra su memoria: había muerto en un cuartito inmediato á mi habitación la viuda del célebre barítono don Jorge Ronconi, la cual, á la muerte de éste, había quedado sin recursos; D. Manuel del Palacio, que en la época del esplendor de Ronconi y su estancia en Granada trató mucho á esta familia, á la muerte del célebre baritono no abandonó á la viuda y le señaló una pensión, de la que vivía; al morir, don Manuel del Palacio hubo de sufragar los gastos del entierro, y como mi ama de llaves era hermana de la difunta, y don Manuel del Palacio la había tratado mucho, el modesto cortejo fúnebre se reunió en mi habitación, figurando al frente y casi solo el Sr. D. Manuel del Palacio.

Al tratar de elegir tema para desarrollarlo ante vosotros en cumplimiento del precepto reglamentario, se imponía el que mi discurso tuviese alguna relación con los estudios arábigos, ya que la circunstancia de haberme dedicado á ellos casi exclusivamente durante un tercio de siglo, era la única

que podía en cierto modo justificar mi presencia entre vosotros.

Recordando que, hace más de cuarenta años, conversando diariamente en Granada con el insigne filólogo Sr. Simonet, y discurriendo ambos acerca de las palabras españolas que cita algún autor árabe, copié y he guardado entre mis papeles una extensa lista de palabras españolas citadas por Abenbuclarís, estas notas me sugirieron la idea de estudiar en este momento solemne la *Importancia de las fuentes árabes para conocer el estado del vocabulario en las lenguas ó dialectos españoles desde el siglo VIII al XII.*

Suministran datos para aclarar esta cuestión los documentos latino-cristianos de estos siglos y los textos árabes, aunque en circunstancias bastante diferentes.

I

Durante largos siglos los pueblos neolatinos tuvieron la costumbre de escribir en lengua latina, y no en el latín vulgar ó rústico de cada país, sino en latín clásico; pero como éste no les era familiar, ni en el vocabulario ni en la sintaxis, de aquí el que emplearan con frecuencia palabras y construcciones no latinas, en mayor ó menor número, según la mayor ó menor cultura del escritor, notándose en virtud de esto anomalías muy particulares, pues á veces resulta que en autores muy antiguos la lengua aparece más alterada y podría creerse más moderna que en autores bastante más recientes.

Para poderse formar idea clara de la evolución ó transformación del idioma vulgar de los siglos VIII al XII hasta llegar á los regionales, hay la dificultad de que, como los documentos publicados ó son copias ó no se ha tenido cuidado escrupuloso en su publicación, no se puede aceptar como indiscutible la forma de una palabra en una fecha dada por un do-

cumento, á no ser que éste sea original ó que la palabra conste del mismo modo en varios de ellos.

A pesar de que los documentos cristianos de los siglos VIII y IX no son muchos en número, ya podemos entresacar de ellos muchas palabras con forma no latina, sino vulgar, y otras que ni siquiera son del vocabulario latino.

El conocimiento de las fechas y de las regiones á que pertenecen los documentos en que consta una palabra no latina ó una frase de un dialecto ó región, sería de mucho interés para fijar, aunque de un modo vago, el uso de palabras no latinas, y convendría hacer un estudio especial en este sentido, publicando un vocabulario cronológico de palabras ó giros auténticos anteriores al siglo XIII (2): de ello damos una muestra, aunque solo de palabras usadas en el siglo VIII (3).

Del examen de dicho vocabulario podría, en mi sentir, inferirse de un modo seguro, por el hecho de emplearse en varias regiones palabras que hoy son especiales de un dialecto, que éstos no estaban completamente delimitados, y por otra parte, los nombres de lugares compuestos de dos ó más palabras, y que en documentos antiguos aparecen en forma que podría pasar por moderna, nos podrían dar la clave para asegurar que tal ó cual cambio fonético estaba ya hecho, al menos en ciertas palabras, en fecha antigua (4).

Algún autor de los que han estudiado y publicado mayor número de documentos latinos de la Edad Media, hizo notar la circunstancia de que en uno del año 996 se emplea ya el nombre *taçola*, diminutivo no árabe de palabra árabe (5), lo cual nada tiene de extraño, pues el uso de palabras de origen árabe resulta frecuente entre los cristianos del Norte bastante antes de esta fecha (6).

El hecho de que los documentos literarios escritos en romances vulgares no hayan aparecido hasta fines del siglo XII ó principios del XIII, y el de que los pocos conocidos tengan ya algo del tinte especial que caracteriza algunos de los romances particulares, ha sido causa de que el amor propio local ó regional haya llevado á escritores distinguidos á pretender que el dialecto de su región fué el primero en desarro-

llarse, y del cual se formaran los demás, modificándolo en este ó en el otro sentido, cuando lo positivo parece ser que hasta los siglos XI ó XII á nadie le ocurrió, ó al menos no consta, escribir en documentos públicos como hablaba entre los suyos, sino en latín, mejor ó peor, según fuera su ilustración: en cuanto, por causas que no es fácil determinar, algunos se deciden á escribir *en la fabla en que suele el pueblo fablar á su vecino,* si aparecen escritos, en los que se nota algo de lo que después fué propio de un dialecto especial, se cree que eso era ya exclusivo de tal dialecto, y que, si después aparece en otro, éste lo habrá tomado de aquél.

En este estudio ha sucedido algo parecido á lo que se observa al estudiar la marcha de la filología comparada de las lenguas indo-europeas y semíticas: al comenzar estos estudios, en la genealogía de las lenguas no se concebía más parentesco que el de ascendientes y descendientes, calificando resueltamente de ascendiente á aquella lengua que ostentaba de hecho documentos más antiguos entre los que aparecían con semejanzas ó analogías más marcadas: así el dialecto dórico griego era declarado origen del latín, y la lengua hebrea pasaba por madre de la árabe y de todas las semitas, ya que en éstas las analogías ó semejanzas han sido advertidas por cuantos conocían dos de ellas, al paso que en las lenguas indo-europeas, siendo las analogías más remotas, no fueron percibidas hasta que las hicieron patentes los estudios de la filología comparada.

Del mismo modo se ha discurrido en el estudio de la evolución de los dialectos españoles, que aparecen documentalmente hacia el siglo XIII: mayor perfección en el documento escrito, real, ó supuesta por el interés regional, hace que el dialecto se considere anterior á otros y origen de ellos, ya que las semejanzas, sobre todo en los primeros tiempos, aparecen más perceptibles.

Las aspiraciones de los asturianos á la mayor antigüedad de su dialecto, aparecen consignadas en la siguiente frase atribuída á alguno de sus políticos, diciendo que «la impropiamente llamada lengua castellana, pues *empezó* á hablarse en

Asturias, tiene influencias regionales que han contribuído á su manera de ser». ¿De dónde consta que comenzara en Asturias? De ninguna parte (7).

Como el dialecto ó lengua gallega aparece en el siglo XIII en las *Cantigas de Alfonso el Sabio* con una perfección que por entonces no alcanza ningún otro dialecto en documento conocido, en ello se fundan los partidarios de la primacía literaria del gallego para suponer que los otros dialectos se producen por evolución de éste.

Por su parte, el Sr. Simonet, diligente investigador de los restos de la lengua hablada por los mozárabes de toda España, como si éstos constituyeran un pueblo diferente de los cristianos libres, y olvidando por un momento ó prescindiendo de que los datos por él aducidos están tomados de casi todas las regiones de España, y que mucho de lo poco que consta de los territorios nunca sometidos á los musulmanes, coincide con los datos aportados de los mozárabes, sienta (pág. CXCVII) que «los mozárabes tuvieron gran parte en la formación y progreso del que más tarde se nombró romance castellano, *suministrándole*, al par con muchos arabismos, todo el caudal de voces vulgares latinas é ibéricas que se habían conservado en los territorios señoreados por la morisma», y añadiremos nosotros: y conservados lo mismo y con más razón en los territorios no dominados, ó que lo fueron por poco tiempo; y esto implícitamente lo reconoce al decir en la misma página: «Cúmplenos, sin embargo, añadir por vía de recapitulación que, á nuestro juicio, los mozárabes de toda la Península hablaban, con leves diferencias locales, un lenguaje común, hijo genuino del latín», y efectivamente, *lenguaje hijo legítimo del latín*, del cual había nacido ya antes que vinieran los musulmanes, y por tanto, antes que hubiera mozárabes; hecho que en realidad acepta el mismo autor al consignar en la página CXCIX: «Los documentos consultados para esta obra prueban que el pueblo mozárabe hablaba un mismo idioma en Castilla, en Aragón y en la Bética y aun en la España oriental; que entonces se usaban en la aljamía de estas diversas comarcas muchas voces que hoy

pertenecen con especialidad al castellano, y no pocas que hoy sólo se conservan y aparecen, ya en el catalán, ya en el valenciano, ya en el portugués, ya en algunos idiomas del propio linaje hablados fuera de nuestra Península (8). Y lo que es más notable, en los documentos arábigos y mozárabes de ciertas provincias, como Cataluña, Valencia y las Baleares, sujetas desde remota edad á especiales influencias lingüísticas, abundan los vocablos de forma y propiedad castellanas. Tal fué el natural y forzoso resultado que entre los moradores de la Tarraconense, como en la mayor parte de la Península y en la vecina Septimania, se produjo, primero por la completa romanización del país, y posteriormente por el yugo nivelador de la monarquía gótico-toledana y de la arábigo-cordobesa». Y á pesar de esta confesión del nacimiento de una lengua común en el fondo, antes de la venida de los árabes, no queriendo renunciar á que sus queridos mozárabes obtuviesen la preferencia, añade (pág. C): «Al perfeccionamiento del idioma común (de cristianos libres y mozárabes) hablado por unos y otros, debieron contribuir en mayor grado los mozárabes que, sobre todo en los primeros siglos, aventajaban en cultura intelectual á los guerreros de Asturias, Galicia y León». ¿Está probado?

No recuerdo haber visto en autores catalanes la pretensión de que su lengua ó dialecto sea anterior y origen de los otros romances españoles; en el trato frecuente y personal que he tenido con catalanes, apuntan esta pretensión respecto al dialecto de mi tierra, ó si se quiere ribagorzano, ó más bien norte-aragonés, que pareciéndose aún hoy en muchas cosas al catalán, en vez de suponer que lo que tenemos de común nació espontáneamente en ambos territorios colindantes y no separados por la geografía ni aun por la política hasta bien entrada la reconquista, han supuesto, siguiendo lo que podríamos llamar la *ilógica tradicional*, que el ribagorzano lo tomó del catalán, cuando por el mismo razonamiento podría decirse lo contrario, sin más dificultad, que en rigor no lo es, de que el territorio mayor, Cataluña, imitase al territorio menor, Ribagorza (9).

Por el mismo procedimiento podrían los franceses é italianos pretender que ellos habían contribuído á la formación de la lengua española, pues sabido es que, procediendo ambas *(francesa é italiana)* del latín, como nuestros romances, tienen el mismo fondo común de vocabulario y morfología, notándose en lo antiguo semejanzas que hoy han desaparecido en gran parte, como sucede con la tendencia á duplicar consonantes en medio de palabra, uso que nosotros hemos abandonado casi por completo, no sin haber consolidado en algunas palabras la duplicación de tres de tales letras, convirtiéndolas en la representación de nuevos sonidos: *ll*, *ñ* y *rr*.

II

Los datos suministrados por los autores árabes para el conocimiento del vocabulario de los dialectos romances, si bien ofrecen, en mi sentir, tanto respecto al tiempo como á la región, más garantías de autenticidad que los suministrados por los documentos latino-cristianos, á no ser que éstos sean originales y fechados, en cambio, por la índole especial de la escritura árabe, dejan grandísima vaguedad respecto á la fonética, no sólo en el caso de que las palabras aparezcan escritas sin vocales, como sucede de ordinario, sino aun cuando se escriban éstas, ya que la escritura no distingue entre *a* y *e*, ni entre *e* é *i*, *o* y *u*.

Como los autores árabes, tanto en Oriente como en Occidente, según la observación de Van Vloten, parece que tuvieron empeño en no hablar de lo referente á los pueblos sometidos, á pesar de lo muchísimo que escribieron, nos dan relativamente pocas noticias acerca de los cristianos españoles y, por tanto, de la lengua empleada por ellos; sólo en obras especiales, ó por excepción, hacen referencia á la lengua de éstos, como sucede en la obra de Abenbuclarís, á la que aludí

antes, pues tratándose en ella de lo que podríamos llamar *materia farmacéutica*, los nombres de drogas medicinales son dados en varias lenguas; y esto era tanto más natural cuanto la mayor parte de tales nombres no son originariamente árabes, sino tomados del griego, del persa ó del latín. En obras que no sean de esta índole apenas hacen mención más que de alguna que otra palabra que haga relación á circunstancias especiales de algún personaje, como sucede en el nombre de un individuo de Almería, á quien llamaban *el Roseti* por la circunstancia de que la niñera que le cuidaba, esclava cristiana, llamaba *roseta* á un lunar que el niño tenía en la espalda, y por eso le quedó, dicen, el apodo الرشاطي, *el de la roseta*. Es de advertir, sin embargo, que la explicación de las etimologías dadas por los autores árabes son en general poco aceptables, como sucede en las de Abenmardanix (el rey Lobo de Murcia) y Abenhamusco, su aliado (10).

Lo mismo que estos tres personajes tenían nombres ó sobrenombres procedentes de la lengua española, sucedió en otros muchos casos; pero son pocos relativamente los nombres cuyo significado ó etimología se indique, y ésta es una de las fuentes quizá más abundantes, aunque más turbias, de palabras españolas, como veremos luego.

Los dos ensayos de Vocabulario latino-árabe y arábigo-latino medioevales que existen, no son obra de escritores árabes, y al considerarlos como campos para espigar en ellos palabras españolas, no lo hacemos por la parte que tienen en latín, y que, en muchos casos, ya no es latín, sino español con forma latina: nos servimos de ellos por algunas de las palabras que se han dado como árabes, usadas en el dialecto árabe-español vulgar, y que, como creyó el Sr. Simonet, deben tenerse como españolas netas, introducidas en los Vocabularios por la influencia del uso de la gente más ruda, que hablaba medio en árabe y medio en castellano, aunque predominando el árabe, y dando formas de tal á palabras de origen vulgar español, sean éstas latinas ó ibéricas.

Freytag, aprovechando los trabajos de Escalígero y Rafelengio, incluyó en su Diccionario árabe bastantes palabras

que, á simple vista, se comprende que no son de origen árabe: es verdad que algunas de ellas figuran del mismo modo en los Diccionarios que pudiéramos llamar clásicos, por haber sido empleadas de antiguo por autores orientales y tomadas, generalmente, del griego ó del persa, para expresar ideas nuevas que el árabe puro no había expresado (11): pero también incluyó otras que no figuran en los Diccionarios clásicos.

Dozy, después de haber hecho un estudio muy detenido sobre los dos Diccionarios mencionados y sobre el de Pedro de Alcalá, incluyó en el *Supplement aux Dictionnaires arabes* bastantes palabras que no figuran en los Diccionarios clásicos, pero que no debían figurar en el Suplemento, porque en realidad son puramente latinas ó ibéricas, y no consta que fueran usadas por escritores árabes al escribir en su lengua nativa.

La lengua árabe y la española, ó alguno de los dialectos de ésta, tienen palabras comunes que, en general, se atribuyen á una imitación española, y es lo frecuente: pero en algún caso parece que esta regla falla, como sucede, en mi sentir, con la voz خرنق *jarnaca* (farnaca, en Aragón), *liebre pequeña ó joven*, nombre que los Diccionarios árabes clásicos, orientales consignan, y que no siendo de raíz árabe, puede suponerse derivado del persa ú otra lengua oriental; si en castellano no se ha dado como de origen árabe el nombre *farnaca*, es por no habérsele conocido, pues parece que hoy sólo se usa esta palabra en región muy limitada de Aragón, y cabalmente se extiende su empleo á puntos donde es casi seguro que nunca dominaron los árabes; á pesar de haber sido incluída en el Diccionario de voces aragonesas de Borao, ni Dozy ni Eguílaz la incluyen entre las palabras españolas de origen árabe, porque para caer en la cuenta de que una palabra de una lengua se relaciona con otra de otra lengua, es preciso conocer ambas; se necesitaba ser arabista y aragonés. Si Aso del Río hubiera visto el Vocabulario de Leyden, es seguro que hubiera caído en la cuenta.

Ahora bien: ¿esta palabra *farnaca* ha sido introducida en el dialecto regional de Aragón, tomándola de los árabes? Sos-

pecho que tiene procedencia más remota, y que los españoles de Ribagorza y fuera de ella la tomaron ó conservaron de tiempos ó pueblos antiguos, como la tomarían los árabes, y que es palabra que en otras regiones ha caído en desuso; que se empleó en otras regiones lo prueban los Vocabularios citados; hoy nadie me da razón de esta palabra, fuera de esa pequeña región aragonesa; sin embargo, para mí es seguro que en alguna otra se conservará; que la palabra *farnaca* no era conocida en todas las regiones donde se hablaba el árabe, parece indicarlo el hecho de que no conste en el P. Alcalá, para quien á la palabra *liebre* corresponde ارنب *arnab*, la forma clásica familiar á los arabistas, la misma que el *Glosario latino* de Leyden pone como correspondiendo á *Lepus*, y خرنق á su vez corresponde á *lepusculus* ó *lepuscellus*.

III

Ya que la obra de Abenbuclarís fué la primera que me llamó la atención hacia esta clase de estudios, digamos de ella lo que al objeto puede parecer conducente.

Esta obra árabe, quizá la más importante para el estudio de los dialectos españoles en el siglo XII, fué escrita en Zaragoza por el judío *Yúnus*, hijo de *Ishak*, *Abenbuclarís*, y es un tratado que podríamos llamar de *Materia farmacéutica*, ó de *Medicamentos simples*, que su autor tituló *Almostainí*, por estar dedicado á Almostain II, rey de Zaragoza (12).

Se comprenderá la importancia filológica de esta obra, si decimos que el autor se propuso dar el nombre *árabe, persa, romí* y *beréber*, y aun de dialectos especiales, como el de Zaragoza y Valencia, al tratar de cada medicamento ó droga (13).

Existen tres códices de esta obra, que dió á conocer Dozy en 1865 en su *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca de Leyden*, y antes Hammer, al tratar de los *Manuscritos de la*

Biblioteca de Nápoles; existe, además, otro en nuestra Biblioteca Nacional, con el núm. 5.009 moderno.

La obra de Abenbuclarís ha sido muy estudiada y aprovechada por los Sres. Dozy y Simonet; pero como por desgracia los tres códices son muy incorrectos, y presentan muchas variantes, no se podrá sacar de esta obra todo el caudal filológico que en ella está recóndito, mientras no haya un arabista médico, farmacéutico ó naturalista que acometa la empresa de su publicación y traducción. La empresa es sumamente ardua, pues los nombres no árabes están escritos de un modo muy incorrecto en muchos casos, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que en los manuscritos, en general, las palabras de otras lenguas suelen estar peor copiadas, porque pocas veces las letras del original están bastante claras, sin que esto quiera decir que están peor que en el conjunto; pero la vaguedad é indeterminación se salvan fácilmente en la lectura de la lengua que se domina (14).

IV

En la biblioteca del Museo Asiático de San Petersburgo se conserva, con el núm. 296, un curioso manuscrito árabe, que contiene una colección de poesías populares del cordobés *Mohámed,* hijo de *Abdelmélic, Abenguzmán* (15), muerto en el año 1159. El Sr. Simonet tuvo conocimiento de este libro por indicaciones de su amigo Dozy (16), y convencido de la importancia que para sus estudios podía tener, gestionó su préstamo, que le fué concedido generosamente, y en su virtud pudo aprovecharlo en Granada, tomando de él bastantes palabras españolas, que el autor de las poesías empleó porque sin duda eran corrientes entre los musulmanes de acá, ó mejor dicho, entre los musulmanes occidentales. El encontrarse una palabra española en el Diuán, que así se llama (colec-

ción de poesías) de Abenguzmán, nos da testimonio de que tales palabras eran corrientes á mitad del siglo XII (17), como las que constan en Abenbuclarís nos prueban que se usaban á fines del XI y principios del XII; como las palabras españolas que emplea Abenguzmán están incluídas en textos árabes, no como palabras sueltas, sino formando parte del sentido, un estudio profundo de esta obra probablemente podría dar lugar al conocimiento de mayor número de palabras, fijando su significado y en parte su pronunciación, por estar contenidas en versos: ventajas que no existen en general en las palabras tomadas de otras fuentes, ya que, en los nombres de animales y plantas, ni los árabes ni pueblo alguno ha sido muy exacto, resultando con frecuencia el que un mismo nombre represente en distinta lengua cosas muy diferentes.

V

Desde hace bastantes años son conocidos de los arabistas dos Diccionarios, ó mejor dicho, dos ensayos de *Vocabularios latino-árabes españoles medioevales*, y ambos han sido muy aprovechados por cuantos han tratado del estudio del árabe vulgar en España en tiempos antiguos.

En el año 1871, el Sr. D. Celestino Schiaparelli, por iniciativa de su maestro el senador Amari, publicó un curioso manuscrito de la Biblioteca de Florencia, con el título de *Vocabulista in arabico*, libro que se supone compuesto á mitad del siglo XIII por el dominico Raimundo Martín, y que ha proporcionado al Sr. Simonet, de un modo indirecto, datos interesantes para el estudio del estado de los romances españoles en el siglo XIII (18).

Antes era ya conocido en parte y había sido aprovechado otro manuscrito análogo, existente en la biblioteca de la Universidad de Leyden, el cual ha sido publicado reciente-

mente por el profesor Seybold, de la Universidad de Tubinga, con el título de *Glossarium latino-arabicum* (19); parece seguro que el *Glosario latino-arábigo de Leyden* es algo anterior al atribuído á Raimundo Martín.

Como sucede de ordinario á quienes descubren un libro importante, ó lo estudian por primera vez, quizá los editores no hayan apreciado ambos Vocabularios en su justo valor, exagerando su importancia desde ciertos puntos de vista, y no concediéndoles la que merecen por otros conceptos; por esto interesa someter á nuevo examen ambos documentos en conjunto, y después en particular.

Ambos Vocabularios, en realidad *latino-árabes*, tienen por objeto facilitar el estudio del árabe, y parecen escritos para uso de los que en los siglos XII y XIII se proponían evangelizar á los moros de España y Africa, y para esto necesitaban hablar su lengua: el Sr. Simonet lo da por sentado.

Viviendo los moros españoles, sobre todo los de la región de Levante, en contacto con muchos cristianos, era natural que unos y otros tomasen ó empleasen en el uso vulgar muchas palabras usadas por sus vecinos; de modo que en la lengua árabe del vulgo se introducían voces *latino-españolas*, y en el romance que hablasen los cristianos de estas regiones se adoptarían muchas palabras árabes, que no emplearían los cristianos de otras comarcas; pero de esto último apenas constan datos, pues no tenemos escritos en romance de estas regiones, sino alguno que otro documento privado de época bastante posterior.

El hecho muy natural de que los autores de ambos Vocabularios incluyesen en ellos, como si fueran árabes, palabras que en realidad eran propias de la lengua del pueblo español, ha sido causa de que se haya creído que tales palabras habían adquirido carta de naturaleza en la lengua árabe, y que Dozy las haya incluído en el *Suplemento á los Diccionarios árabes*. El que una palabra sea empleada en el uso vulgar, casi siempre por no conocer la propia de la lengua que se pretende hablar, no autoriza para suponer que haya entrado á formar parte de ésta, mientras no conste que tal uso era bastante general. Es

verdad que, dada la escasez de monumentos, este uso, aunque hubiera sido algún tanto general, no sería fácil de probar; pero había un medio que puede suplir esta falta: *las palabras no conocidas en el árabe clásico y que sólo constan en uno de los Vocabularios, existiendo en ambos la latina á que se refieren, es muy probable que sean españolas*, aunque quizá no suenan á nada conocido, bien por estar alteradas, como es muy fácil, bien porque en realidad hayan desaparecido del uso ordinario, como ha sucedido con muchas hasta en tiempos modernos (20). Aun en el supuesto de que una palabra que no pertenece al árabe clásico se encuentre en los dos Vocabularios, no puede, sólo por este hecho, ser considerada como árabe-española; para esto se necesita que estuviera usada por algún español, ó quizá africano, que hubiese escrito en el árabe corriente de los autores, que en realidad es el árabe clásico, quizá con ligeras variantes, que no sé que hayan sido estudiadas.

En consecuencia de lo dicho, en toda palabra dada como árabe por los Vocabularios y que no conste en los Diccionarios clásicos, puede sospecharse la existencia de una palabra española. La vaguedad de vocalización hace que sean muy difíciles de reconocer tales palabras, principalmente en los verbos cuadriliteros y aun triliteros formados sobre voces españolas y en los nombres puestos en plural que, como es sabido, muchas veces en la pronunciación en nada se parecen al singular; así أكراس *acrás (corzos)*, poco ó nada se parece al singular كُرْس *corç (ó corço)* (21).

Para uno de los fines más importantes desde el punto de vista filológico, á saber, para comprobar la fonética de las palabras españolas, las que consten sólo por los textos árabes, han de ofrecer muchas dudas; así, consignado el nombre قنجير *¿concher?* por *perro conejero*, puede admitirse en rigor que se dijera *conechair*, ó mejor *conechero* (22); pero en modo alguno podemos admitir la forma *conchair*, á la que indujo al Sr. Simonet la escritura quizá incorrecta del original: además, hay que tener en cuenta que la vocalización ó si-

labificación árabe tiende á que la palabra tenga el menor número posible de sílabas, dentro, por supuesto, de la tendencia de la lengua, y por tanto, no sería extraño que aun la transcripción auténtica con caracteres árabes representase muy mal la fonética hispano-cristiana (23).

VI

Estudiados de un modo general los Vocabularios latino-arábigos de Florencia y Leyden, digamos algo de las cuestiones que se suscitan respecto á cada uno de ellos.

El *Vocabulista in arabico* publicado por el Sr. Schiaparelli no tiene nombre de autor, y en realidad sólo indicios vagos hicieron sospechar que pudiera ser obra del dominico *Raimundo Martín*, muerto en el año 1286. Así lo sospechaban Amari y Schiaparelli, conviniendo de un modo concreto en que debió de ser escrito ó compuesto para uso de los Padres Predicadores, con el objeto de evangelizar á los moros de la costa del Mediterráneo; y como este movimiento en España fué más marcado en la parte oriental, y en el manuscrito se consignaron palabras que se suponían catalanas, se ha admitido como probado que tiene origen catalán ó valenciano: nótese que tales palabras casi siempre están puestas como glosa ó explicación de la palabra latina correspondiente á una árabe, y que de una palabra dada, aunque hoy se emplee sólo en Cataluña, no puede asegurarse que en el siglo XIII fuese puramente catalana; de modo que no prueba la nacionalidad del autor, tanto más si se tiene en cuenta que el manuscrito no es original, sino copia; al menos así se admite. Lo que se supone prueba de la nacionalidad del autor, puede muy bien suceder que sólo pruebe la de uno de los que manejaron el manuscrito de Florencia (24).

El Sr. Simonet, yendo más allá que los Sres. Amari y Schiaparelli, da como resuelto el problema, atribuyendo re-

sueltamente la obra á «Fray Raimundo Martín, de la ilustre Orden dominicana, y añade que, habiéndose consagrado con gran celo á la conversión de los musulmanes, sobresalió en el cultivo de las lenguas hebrea, siriaca, caldea y arábiga; escribió, entre otras obras, una *Suma*, en refutación del Corán, y predicó el Evangelio en Túnez» (25). El Sr. Seybold no va tan allá como el Sr. Simonet; admite, sí, como probable que Raimundo Martín sea el autor, pero no lo asegura.

A pesar de autoridades tan respetables, nos atrevemos á consignar nuestras dudas contra la idea de que el sabio autor del *Pugio fidei* lo sea del Vocabulario: Raimundo Martín, en su obra indudable, da pruebas de un profundo conocimiento de la lengua árabe más clásica, traduciendo admirablemente multitud de textos tomados de Algazel, diciéndolo expresamente en unos casos, y sin decirlo en otros (26); de modo, que de su pericia en árabe tenemos una prueba más fuerte que la aseveración de sus biógrafos y panegiristas, de cuya exactitud podríamos permitirnos dudar: el autor del Vocabulario no da pruebas de gran conocimiento del árabe, ni tampoco de pericia en el latín (27), que el sabio dominico manejaba quizá como los más cultos autores del siglo XIII; antes bien, el autor anónimo emplea casi siempre las palabras latinas con forma de la más baja latinidad; de modo que muchas no sólo no constan en los Diccionarios clásicos latinos, sino que faltan en el mismo Ducange; para nosotros constituye esto una prueba plena de que el Vocabulista no es obra de Raimundo Martín.

VII

El *Glossarium latino-arabicum* existente en la Biblioteca de Leyden, conocido desde mitad del siglo XVI, y utilizado por Rafelengio y Escalígero en sus ensayos léxicos, y en el siglo pasado por Dozy y Simonet, ha sido publicado en 1900 por el Dr. Seybold, después de un estudio minucioso del manuscrito.

Examina en una erudita *Introducción* las cuestiones relativas á su autor, á la época en que se compuso ó escribió, y á la importancia filológica del documento, cuestiones de difícil solución, en las que, en general, el editor no está conforme con las ideas de los que le han precedido, á quienes corrige con frecuencia, hasta con cierta acritud; en puntos obscuros y que no han sido tratados especialmente, no hay que extrañar que los juicios sean muy diferentes, y nosotros nos permitimos no aceptar algunas de las apreciaciones del editor.

No teniendo el manuscrito ni fecha ni nombre de autor, se puede fijar algo la fecha de la copia (28), pero no la de la composición de la obra; por el carácter de la escritura latina visigótica, y de la árabe magrebí ó africana, infiere el editor que la fecha está incluída entre los siglos VIII y XI, y como se admite que no hay códices en papel de algodón hasta el siglo XI, y parte del códice está en papel, infiere que la copia *muy esmerada* (dice) es de este siglo, y que debe tenerse como coetánea del original. Que la copia sea esmerada caligráficamente, no lo ponemos en duda; pero respecto á su bondad ó exactitud literaria cabe muy bien el poner reparos, como veremos luego; por ciertos detalles de fonética y por el uso de algunas palabras que huelen (dice) á portugués, supone el editor que la obra está escrita por algún mozárabe, ó más bien judío converso (pág. XVI), en Castilla ó Portugal (pág. X). Las razones no me parecen muy convincentes (29).

La cuestión que más nos interesa discutir es la de la importancia filológica del monumento, y ésta se subdivide en dos: importancia de la parte latina del Glosario é importancia de la parte árabe, y en mi sentir la tiene mayor como fuente del léxico hispano medioeval.

Por los trabajos que se han hecho en Alemania (30), basados en el estudio de la parte latina, según se lee en la *Introducción*, en la que el Dr. Seybold censura acremente trabajos de erudición latina como fundados en muchos casos, en lo que supone pésima lectura del códice (31), se comprende la importancia que se le ha concedido para investigar y exponer los orígenes de la lengua española de la ínfima latinidad

(pág. XIII), importancia que admite el editor, y cree que la tiene también para ilustrar los orígenes de la lengua catalana (32), y por eso se propone publicar un *Thesaurum arabico-hispano-latinum*, aprovechando y reduciendo á la unidad los tres Vocabularios del dialecto árabe-español, que Dozy aprovechó *admodum obiter et desultorie* (de un modo superficial é inconstante) (pág. XVIII), según dice el crítico.

No me parece que el *Glossarium latino-arabicum* tenga tanta importancia, y casi suscribiríamos las primeras impresiones de Dozy.

El latín del Glosario, ¿representa el latín *infimae latinitatis* de España?

La forma latina que en el Glosario tienen las palabras, prueba que, ó la copia es muy defectuosa, ó que el autor sabía muy mal el latín, ó al menos en los documentos latinos-españoles publicados en la *España Sagrada* y otras colecciones no aparecen formas tan incorrectas; para convencerse de la barbarie de muchas palabras basta fijarse en las notas que el editor ha puesto al pie de las páginas para dar forma inteligible á las palabras latinas del texto.

En la página 1 tenemos *ab euo* por *ab aevo*, *abe-abete* por *ave-avete*, *abiaeius* por *abiieius*, *tecus* por *pecus*, *abiupte* por *abiunte;* página 2: *abientes* por *ambientes*, *abies* por *ebenus*, *abioiator* por *abigeator*, *abimatus* por *obrimatus*, *deiosum* por *deorsum*, *abisrate* por *obrisate*, *abitum* por *abditum*, con análogos errores en las páginas siguientes: dígase si el interpretar tales palabras, cuando á muchas de ellas falta la palabra árabe correspondiente, no es echarse á interpretar logogrifos, y si formas tan fuera de lo conocido pueden tomarse tan en serio por el testimonio de un solo documento.

Ciertas letras se cambian con frecuencia como de un modo sistemático, ó indicando quizá un vicio ó modo corriente de pronunciación: *u* por *f*, *prouano* por *profano*, *prouecio* por *profectio*, *prouectura* por *profectura*, *prouicio* por *proficio*, *prouiciscor* por *proficiscor*, *prouicua* por *proficua;* en cambio escribe *referendus* por *reuerendus*.

La importancia filológica que se concede al Glosario des-

de el punto de vista del estudio del árabe vulgar español, depende del juicio que se forme acerca de los conocimientos lingüísticos del autor, y éstos hay que calcularlos por el acierto con que haya sabido interpretar las palabras latinas con las árabes más apropiadas.

Quizá el autor del Glosario tuviese del árabe más conocimiento que el del Vocabulista publicado por Schiaparelli, como lo prueba el que sean en él en menor número las palabras latinas ó españolas dadas como árabes (33), aunque, á decir verdad, la correspondencia que dió á muchas palabras latinas prueba que no estaba muy fuerte en la verdadera acepción de las palabras árabes; así traduce por فيلسوف *filósofo* el adjetivo *academicus*, que escribe *acedemicus*; por *ambientes*, escrito *abientes*, pone طالبون *(los que buscan, los estudiantes, los táleb)*; por *augustus*, escrito *agustus*, pone رفيع وشريف (noble, elevado); verdad es que, dada la multiplicidad de acepciones de las palabras árabes y la dificultad que produce el haber de expresar en una lengua, aunque sea la propia, ideas que no se han expresado en ella, siempre ha sido y será muy difícil: el acertar con la palabra propia en tales casos quizá se debe más al ingenio que al conocimiento de la lengua; así *exconsules* lo traduce por المعزولون عن الوزارة los *separados ó destituídos del visirato*;—*atleta* por مجاهد *el que hace la guerra santa*.

Quizá la mayor importancia del Glosario estriba en que las palabras dadas como latinas sean en muchos casos palabras puramente españolas, á las que se ha dado forma latina; y como es natural que al escribir un vocabulario por orden alfabético, ó al querer ampliar el que se toma como punto de partida, ocurran palabras de uso poco frecuente, á seguida de otras muy comunes, nada tiene de extraño que figuren en el Glosario palabras *infimae latinitatis*, que no figuran en Ducange ni en otro documento medioeval.

Desde el punto de vista del conocimiento del estado del árabe vulgar español tiene menos importancia que el *Vocabulista in arabico*, por cuanto el autor conocía mejor las formas

clásicas, de las que se aparta poco, pues no se propuso enseñar á escribir en *árabe vulgar,* sino en *árabe;* el escribir en árabe vulgar es escribir mal, y nadie, á no ser en casos especiales, se propone escribir mal ni en árabe ni en lengua alguna, aunque en todas las lenguas seamos muchos los que escribimos mal por no saber hacerlo bien.

Las diferencias gramaticales en el Glosario casi podría decirse que se reducen á emplear la forma vulgar de la *persona nosotros* del futuro, ya que el empleo del genitivo de los plurales masculinos racionales por el nominativo, que en el Vocabulista y dialecto vulgar es lo ordinario, en el Glosario es una excepción, sin que al observar esto supongamos que el árabe en el uso ordinario se conservase más puro en tiempo del autor del Glosario y que, por tanto, represente un estado más antiguo.

VIII

Una fuente aprovechada ya por el Sr. Simonet para el estudio de la historia y de la lengua española, es el examen de los sobrenombres y apodos de los personajes musulmanes.

En el tecnicismo árabe se considera como *cunya* tanto el nombre que uno toma por sus ascendientes, que pudiéramos comparar á nuestros apellidos, como el que toma por el nombre de alguno de sus hijos, habido ó esperado; de estas dos clases, la primera es la más general y la más importante desde nuestro punto de vista por los muchos nombres raros que figuran como cabeza de la cunya, titulándose ابن أُبَّا— ابن ابرول-ابن ارمطيل-ابن ارملبوث, etc.

Tanto la cunya tomada de la palabra ابن *hijo* ó *descendiente*, como la tomada del nombre ابو *padre*, se emplean muchas veces en el sentido de *el de tal cosa*, lo mismo que si se empleara el nombre ذو *el dotado de;* así tenemos ابو الجيوش *el*

padre de los ejércitos (el guerrero), ابو الفتح *el padre de la victoria (el victorioso),* ابو الخيل *el padre del caballo (el jinete),* ابن الخريطة *el hijo de la alforja* ó *capuchón* (el de la alforja, porque de niño era llevado en una alforja) (34), ابن عصفور *el hijo de un gorrión (el del gorrión),* ابن ابي عصافير *el hijo del padre de gorriones* (el descendiente *del de los gorriones*), nombres ó denominaciones dados á personajes españoles citados en la *Bibliotheca Arabico-Hispana.* Hay que tener muy en cuenta este procedimiento, no sólo para no suponer un hijo del nombre *Alchoyus,* por ejemplo, al rey *Mochéhid* de Denia, sino que también es aplicable á otros muchos casos, pues á veces resultaría que tuvieron hijos personajes muertos antes de la pubertad y otros de quienes consta que no los tuvieron, como sucede con *Hixem* II; á las mujeres, siguiendo la misma marcha, y quizá con más frecuencia, se aplica este mismo procedimiento para indicar alguna circunstancia de su vida, circunstancia que pocas veces nos es conocida.

Como es natural, los musulmanes emplearon, además de la *cunya apodos* ó *motes* personales, á los que llaman *lacbas;* los apodos ó motes en muchos casos son adjetivos, que indican oficio ú ocupación, en lengua árabe casi siempre, en español algunas veces, como السبطير *el sabater,* اشقطير *escuter* ó *escudero,* فرنير *fornero,* فندقير *fondaquero,* el que cuida de un *fondac.*

El estudio de estos apodos, que abarca muchos de los nombres de oficio, hecho de un modo detallado y sistemático, podría indicarnos no poco de la organización musulmana, y el mayor ó menor desarrollo ó aprecio de ciertas industrias; así tenemos muchos *libreros, perfumistas, bordadores* y otros.

Con frecuencia el apodo indica en árabe ó en español un defecto físico ó color, como الابرش *el leproso,* الاخفش *el de ojos pequeños,* بابوس *baboso,* ابن الروبه *hijo del royo* (*rubio*). ابن زغيوج *hijo de cegalloso (?).*

No pocas veces se emplea como apodo un adjetivo denominativo, diciendo, era conocido por el *Cordobés, Granadino* ó *Toledano,* ó sin añadir *era conocido por,* resultando muchos

de estos adjetivos, de los cuales, no figurando en la obra especial de Asoyutí *De nominibus relativis,* no podemos tener seguridad de si son adjetivos que indican tribu ó familia, como se ve en algunos casos, ó indican el adjetivo patronímico de poblaciones, cuyos nombres propios no encontramos citados; así se hace mención de un individuo القرباقي *el Carabaquí*, que creo sería de *Carabaca*, aunque la lectura, suponiendo otras vocales, pudiera resultar muy diferente.

Y pasemos á la clase de sobrenombres, que nos parecen más importantes desde el punto de vista filológico, pero de los que por no haberse estudiado detenidamente y por las grandes dificultades que ofrecen, no puede hoy por hoy inducirse ni aun la seguridad de que encierren en sí palabras españolas.

Hay muchos nombres, como los citados ابن أُبَّا-ابن ابرول-ابن ارطهل-ابن ارمابوث-ابن أَزَنَّاجْ-ابن أَشْبَهْ etc., concretándonos sólo á algunos de los que comienzan por *alif*, que no siendo árabes, y no correspondiendo á raíz alguna de la lengua, puede darse como seguro que corresponden á una extranjera ó *achemí*, como dicen los musulmanes. Si se trata de apodos de musulmanes españoles, debemos suponer que de ordinario tales palabras serán españolas ó de la baja latinidad, salvo el caso en que tal sobrenombre esté aplicado también á musulmanes orientales, como recordamos los de ابن أُبَّا-ابن شراحيل-ابن دوش-ابن قُزْمَان que habíamos creído españoles y luego observamos en nuestras notas que también correspondían á personajes orientales.

En muchos de los sobrenombres de esta categoría pudiera un espíritu sutil encontrar apellidos españoles y tal vez franceses, que no entran en las tres categorías de los apellidos castellanos de *familia,* como *Ordóñez,* hijo de *Ordoño*; de *patria*, como *Sevillano, Montañés*, y de *oficio* ó *defecto físico,* como *Herrero, Calvo, Delgado.* A veces sirven de apodos denigrantes ó satíricos, nombres comunes en forma puramente española; así, á pesar de la vaguedad de la escritura árabe para representar nuestra fonética, tenemos casi seguridad de que dos

ó más musulmanes españoles, no de la misma familia, eran conocidos por *el pollino* (35) y otros por *el hijo del pillete* (36).

Por la vaguedad é indeterminación con que la escritura arábiga representa la fonética, el discurrir acerca de tales nombres queda reservado á los arabistas, pues casi sería imposible dar una idea de ello á los profanos á tales estudios; y esto, hasta cierto punto, nos parece un bien, ya que si fueran muchos los que metieran mano en estas investigaciones, con seguridad que resultarían suposiciones ó lecturas muy caprichosas ó sutiles, siguiendo el procedimiento del traductor de la *Crónica* del moro *Rasis*, que encontrando mencionada la batalla de قربينش *Corbins*, leyó *Carabinas*, dando vocal á cada una de las consonantes; y no se crea que consideramos á los arabistas impecables en este terreno: han pecado y pecarán mucho (37); pero cuantos menos sean los que lo pisen, menos serán los que tropiecen; nunca se recomendará bastante la circunspección en la lectura de tales nombres, aun en el supuesto de que aparezca claro su significado, que corresponda á palabra conocida; pero la forma en que se empleara, difícilmente será segura (38), aunque en la escritura en árabe aparezcan todos los signos ortográficos.

Entre las muchas cunyas y apodos de formas raras que tenemos reunidas, sacadas principalmente de nuestra *Bibliotheca Arabico-Hispana*, se vislumbran dos series, que probablemente indican una categoría especial, de nombres de oficio los unos, y diminutivos, y quizá despectivos, los otros: nos referimos á los nombres terminados en las letras ال ó ير en los casos en que dichas letras aparecen indudablemente como serviles ó formativas: así tenemos قرديال غفرال قنطرال سبطير شنطير, que podríamos leer *Cardiel*, *Gafarel*, *Cantarel*, *Sabater* ó *Sapatero* y *Xantero*, palabras que constituyen otros tantos apellidos españoles ó franceses.

Y no se extrañe que hagamos mención de apellidos franceses, pues mucho de lo que se admite como de origen español en el árabe occidental de la Edad Media, en mi sentir es de origen neo-latino, ya que las formas, palabras y procedimientos derivados del latín es de suponer que, como transforma-

ción ó evolución del *sermo rusticus*, nacieron espontáneamente en todos ó varios de los pueblos romanizados, incluyendo entre ellos gran parte de los de la costa de Africa.

Si las dos terminaciones son indicio de dos grupos de nombres, la terminación ير indicará nombres de oficio en forma neo-latina, سبطير *sabater (zapatero)*, شنطير *xantir (santero)*.

Mayores dificultades ofrece el estudio de los apodos en ال, pero quiza también mayor interés

La abundancia en Valencia, Cataluña y Francia de apellidos terminados en *el*, y que parece se resisten en muchos casos al análisis, si no se admite que la terminación ال es formativa, evolución de *ellus* latino, nos lleva á creer que tal procedimiento era común antes de la invasión musulmana, y que los moros, en contacto con los mozárabes africanos y españoles, estaban familiarizados con tal procedimiento, y lo adoptaron, bien para modificar epítetos de su lengua, bien aceptando apodos españoles inventados por los mozárabes.

Qué fuerza añadiera á los nombres árabes ó latinos el unirles la terminació ال, no es fácil fijarlo, aunque encontramos algún indicio que nos sugiere cierta anécdota que nos indicó nuestro discípulo predilecto: Adabí, en la biografía de *Abdala*, hijo de *Sahal*, hijo de *Yusuf*, imam en la enseñanza de la lectura y salmodia del alcorán, que enseñaba en Almería, donde era muy respetado, dice que entró cierto día en el baño, donde encontró al judío, visir por aquel entonces del rey; había delante del judío un muchacho llamado *Mohámed*, al que llamaba diciendo *oh Mohamadel*, repitiendo esto varias veces; el alfaquí, no pudiendo contenerse, se echó sobre él y le golpeó con una piedra que había allí á un lado, le hirió en la cabeza y le mató; salió (del baño) tal como estaba y se vistió, sin que nadie se atreviese á decir nada al alfaquí, por el respeto y consideración que se le tenía; se salió de la ciudad, y habiéndole alcanzado en su marcha el abuelo de Adabí, le invitó á montar una de sus dos bestias, que cargadas de mercancías había llevado á la ciudad, y habiendo apresurado la marcha, en el mismo día llegaron á Vélez.

La anécdota de este imam, verdadera ó falsa, nos prueba que los árabes españoles ó los judíos, si se quiere, añadían á nombres árabes la terminación ال, convirtiéndolos en diminutivos, despectivos sin duda, porque estaban acostumbrados á oir á los mozárabes que darían esta fuerza á nombres terminados en *el* ó *elo*.

Aunque el autor no explica la causa del enojo del alfaquí contra el judío, se comprende que procedía de que la terminación ال tendría en el uso común un sentido despectivo, y era para él una profanación el modificar de este modo el nombre del profeta. Procediendo esta terminación de la forma del diminutivo latino, cabe perfectamente admitir existente este procedimiento, como muchos otros, al tiempo de la conquista musulmana, y que fuera corriente, no sólo en el territorio, que quedó sometido á éstos, sino en todos los de lengua latina. Esta observación, que hoy nos parece muy sencilla, explica en mi sentir que los árabes de Occidente introdujeran en su lengua palabras que, por hallarse en la lengua española, se han creído tomadas de ésta, hasta por autores antiguos del Africa propia, de la actual Argelia ó del Almagrib, cuando lo probable es que las tomaran de los cristianos ó naturales del país romanizado ó latinizado al tiempo de la conquista (39).

En consonancia con lo dicho, debe observarse que algunas de las palabras no árabes que figuran como apodos, no tendría nada de extraño que, aun en el supuesto de estar bien pronunciadas, no se identifiquen en ninguna de las lenguas romances; hoy mismo se usan apodos que nadie se atrevería á explicar de un modo algo satisfactorio; pero si se supiese el significado, como sucede en las palabras ó nombres de plantas ó drogas hoy indescifrables que cita Abenbuclaris, su examen ó estudio sería más fácil con auxilio de los onomásticos, en los que se ponen los sinónimos de animales y plantas (40).

En la ascendencia de una familia de moros de Zaragoza encontramos como tronco un personaje llamado غسليان, que bien pudiéramos vocalizar de modo que sonase *Gasalyán*, y como este nombre lo encontramos en documentos latinos muy

antiguos, y sólo en ellos, cabe sospechar que en Zaragoza se conservó este adjetivo, de origen godo, según un ilustre investigador (41); y, como en Zaragoza, se conservaría en otros puntos, de los cuales no tenemos noticia (42).

Entre los apodos anotados hay algunos cuya lectura, como queda indicado antes, parece que no ofrece duda, y que resultan muy curiosos, más que por su significado grotesco ó satírico, como *pollino, pillete, pollito*, por su forma, al parecer tan moderna, y que sin embargo resulta muy antigua.

Para declarar de origen extraño á la lengua árabe los apodos raros que figuran en las genealogías de moros españoles, conviene tener presentes, entre otras, las observaciones siguientes:

Toda palabra que conste de cuatro ó más letras, que dentro de la lengua árabe no puedan ser serviles, cabe *a priori* sospecharse que no es árabe, y de ello tendremos seguridad si la radical cuadrilítera ó quinquilítera no aparece en los Diccionarios (43).

Los apodos constituidos por palabras que tienen forma árabe, pero que no constan en los Diccionarios, ó constan con significado que no parece á propósito para apodo, puede sospecharse que son extraños á la lengua, y que su forma árabe se debe á la analogía ó adaptación.

Como corroboración á estas sospechas puede añadirse que si el nombre que figura como apodo no consta como propio personal, que pudiéramos decir nombre de pila, tenemos un indicio más de que tal nombre es en realidad un apodo no árabe; según este principio resultan tales muchos nombres, que perfectamente pueden ser palabras árabes, pero que en este caso es probable que no lo sean.

IX

Entre las fuentes árabes que suministran datos para el conocimiento del vocabulario antiguo de los dialectos vulgares, debemos mencionar los libros aljamiados, que aunque escritos en castellano ó romance, y relativamente modernos, pues su redacción ó renovación no parece sea anterior al siglo XIV, indudablemente representan la lengua en un estado anterior quizá en un siglo á la fecha de su redacción (44); de la literatura aljamiada trató en esta misma Academia, en ocasión análoga á ésta, mi compañero y amigo el Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, y no he de intentar yo comentar ó ampliar tan importante trabajo; mi objeto es sólo llamar la atención acerca de los datos que puedan proporcionar tales escritos, que, redactados sin pretensiones, nos dan á conocer palabras generales ó regionales que quizá no constan en otra parte, y debemos suponer empleadas en tiempos anteriores.

Sólo añadiremos que los escritos aljamiados, lo mismo que la transcripción de palabras españolas y de los nombres propios, podrían quizá tomarse como punto de partida para estudiar la evolución fonética de nuestros romances y fijar el tiempo en que ciertas letras pasaron á representar sonidos nuevos, que, como el representado hoy por nuestra *jota*, y que generalmente se atribuye á la influencia árabe, quizá no se introdujo de un modo general hasta el siglo XVI, y en el XVII no estaba aún generalizado en Aragón, siendo esta evolución una de las causas que contribuyó quizá á marcar la diferencia entre el aragonés y catalán, que resultó rehacio á esta evolución.

X

La transcripción que de los nombres propios hicieron los musulmanes españoles al tiempo de la conquista, puede darnos á conocer el estado de la lengua hablada por los españoles á principios del siglo VIII.

Claro es que ya no era la lengua latina, ni siquiera el *sermo rusticus,* sino una lengua derivada sí, de la latina, pero sin la declinación propia de esta lengua, y probablemente con la conjugación muy alterada y que se pareciera más á la conjugación española de alguno de sus dialectos, ó ya de varios de los que se iban dibujando poco á poco.

Los autores árabes transcribieron los nombres propios de personas y poblaciones sin la desinencia de caso, resultando de aquí perfecto acuerdo con documentos cristianos del siglo VIII, y aun antes, en los que, á pesar de que sus autores pretendieron escribir en latín, que no sabían bastante, prescinden á veces de las desinencias de caso.

Hay que advertir, principalmente con relación á los nombres de poblaciones, que los de algunas aparecen aún con forma latina, bien porque la conservaran, bien porque los autores árabes, ó mejor dicho, los tradicionistas históricos (rauíes), los tomaron de la forma erudita y de ellos los historiadores.

Por ejemplo, el nombre de D. Rodrigo, si hubiera sonado *Rudericus*, no hubieran escrito رذرِيق *Roderico;* es probable que ya se le llamase *Rodrico* y casi *Rodrigo*, pudiendo observarse que para algunos sonaba probablemente *Lodrico*, como lo prueba la transcripción لدريق que se encuentra en varios casos; pero la índole de la lengua árabe no se presta á que una sílaba comience por dos consonantes, y á lo sumo podían haber dicho *Rod-ri-co* ó *Lod-ri-co,* separando en sílabas diferentes la *d* y la *r*.

El nombre del hijo de Witiza, *Sisberto*, no está tomado del

nominativo, sino que se prescinde de la terminación latina سسبرت *Sisbert* ó *Sisberto.*

Pelayo era ya llamado de este modo y escrito بلاي, que no debe leerse *Belay*, como se ha dicho generalmente, por más que pueda leerse de este modo: debe suponerse duplicada ó reforzada la letra ب para que se pronunciara como *p* latina, aunque los autores árabes no adviertan que deba pronunciarse como la ب de los achemíes, según lo advierten alguna vez en ciertas palabras.

Los nombres de algunas poblaciones nos dan un testimonio muy elocuente de la transformación radical que ya habían sufrido los nombres latinos; así *Barcelona* no es *Barcino,* ni siquiera *Barcinone* con la forma de ablativo, sino *Barxelóna* برشلونة, sonando poco más ó menos como pronuncian los catalanes, y como si hoy escribiéramos *Barçelona.*

Tarragona no era ya *Tarraco,* ó *Tarracone,* sino *Tarracóna* طركونة (45).

Tampoco Lérida era *Illerda,* ni *Laréda,* como escriben algunos siguiendo una mala inteligencia de Conde, sino Lérida لاردة, como hoy; cómo y cuándo Lérida se transformó en Lleyda, no lo sé.

Balaguer no era *Balagarium,* ni siquiera *Balaguer*; era بلغي *Balagué,* como se pronuncia hoy (46).

Tarazona no era ya *Turiaso,* sino طرسونة *Taraçona,* hasta con las vocales propias.

Los nombres de los ríos *Ebro, Tajo* y *Gállego,* sonaban sin duda de un modo bastante parecido, salva la diferencia de pronunciación de ciertas letras: ابره *Ebro,* تاجه ó تاجو *Tacho* y جلّق *Chálleco* (47).

XI

Al exponer las consideraciones que acabo de indicar, con objeto de poner de manifiesto los datos que los documentos árabes de todo género aportan para el conocimiento del estado del léxico hispano-cristiano en los diferentes puntos de la Península, he tenido necesidad, bien á pesar mío, de combatir no pocas apreciaciones de las más ilustres personalidades que me han precedido en los estudios de filología arábiga en sus relaciones con el desarrollo de las lenguas ó dialectos hispano-cristianos.

Y no es que yo presuma de haber profundizado en estos estudios más que los insignes arabistas Dozy y Simonet; es que quizá todos los que se dedican con predilección á una clase de estudios, y especialmente los primeros, con facilidad ven las cuestiones desde un punto de vista parcial ó, si se quiere, exagerado; en todos tiempos, y quizá más en los modernos por el progreso de todos los ramos del saber, los hombres dedicados al estudio, sin darse cuenta de ello, son arrastrados á sacar de datos incompletos aún, consecuencias que quizá parecen muy fundadas, y que, sin embargo, los que vienen después, con nuevos datos prueban que tales consecuencias eran ilógicas (48).

Mi objeto al hacer tales observaciones ha sido el de llamar la atención de los que se sientan capacitados para tales estudios por tener conocimiento de la lengua árabe, y que al mismo tiempo tengan afición á estas investigaciones, que exigen mucha constancia, y ofrecen en general poco halagüeño éxito ante el público.

En todos los ramos de la ciencia exige la probidad literaria el no sentar teorías absolutas, sino con pruebas concretas; pero en los estudios árabes esta circunspección literaria es más precisa, porque el público acepta las ideas de los llamados especialistas sin verdadero criterio propio, que es muy difícil

por la complejidad y enlace de los conocimientos arábigos, y en cambio, una vez aceptada una idea falsa, tarda mucho en desaparecer de los libros y, por tanto, del conocimiento del público, aunque su falsedad sea reconocida y propalada por todos los especialistas que tengan ocasión ú oportunidad de hablar de ella. Ojalá que no haya necesidad de rectificar, sino sólo de ampliar las ideas de los actuales y futuros arabistas: éste ha sido mi lema hace largos años; sin embargo, alguna vez me he dejado llevar, creo que en cosas por fortuna no graves, de falsas apariencias, sosteniendo apreciaciones que, en cuanto me he percatado de su falsedad, he procurado rectificar, quizá no siempre con oportunidad, y aun temo que así sean calificadas algunas de las rectificaciones consignadas como notas en este modesto trabajo, que habéis tenido la paciencia de escuchar.

NOTAS Y AMPLIACIONES

Clave de las abreviaturas empleadas para indicar las obras citadas con frecuencia.

A. N.=Colección de documentos para el estudio de la historia de Aragón, tomo II.—*Forum Turolii, Regnante in Aragonia adefonso rege, anno dominice nativitatis MCLXXVI.* Transcripción y estudio preliminar de Francisco Aznar y Navarro, doctor en Filosofía y Letras. Zaragoza, 1905.

B. A. H.=*Bibliotheca Arabico-Hispana.* (Madrid, Codera, 1883-95.)

B. N.=L. Barrau-Dihigo. *Notes et documents sur l'histoire du royaume de Leon.* (Extrait de la *Revue Hispanique*, tome X, 1903.)

B. R. A. H.=*Boletín de la Real Academia de la Historia.*

C. F. B.=*El Fuero de Brihuega,* publícalo, precedido de algunos apuntamientos históricos acerca de dicha villa, D. Juan Catalina García..... Madrid, 1888.

E. S.=*España Sagrada.* 51 tomos.

F. R. S.=*Recueil des chartes de l'abbaye de Silos,* par Dom. Marius Ferotin. París, 1897.

M. C. D.=*Colección Diplomática de San Juan de la Peña,* comenzada á publicar en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, por D. Manuel Magallón en el número correspondiente á Junio de 1903.

R. A.=*Revista de Aragón.* (Zaragoza, 1900-1905.)

R. A. B.=*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.*

V. S.=Vignau (D. Vicente), *Indice del Monasterio de Sahagún.*

V. V.=Villanueva, *Viaje literario.* 22 volúmenes.

1 (pág. 2).

El Imparcial, 6 de Junio de 1906.

2 (pág. 4).

El Vocabulario con fecha tendría, entre otras, la ventaja de poder contribuir por de pronto á sospechar la falsificación de algunos documentos, si la palabra no volvía á encontrarse en otros del mismo tiempo; así, el documento del año 804, en el que se lee *in alfoz de Arlanzon*, se nos hace sospechoso por el nombre *alfoz*, que no volvemos á encontrar en nuestras notas hasta los años 1085, 1089 y 1122; si bien en el mismo año 804 encuentro *ad foz del Busto* y en 1173 *illam foz de Abcediello*, que no parece tengan nada común con *alfoz*.

En la revista *O Archeólogo portugués* de 1906 y 1907 se ha publicado un ensayo de *Onomástico geográfico portugués* con indicación de fechas y documentos en los cuales se menciona cada nombre de lugar.

3 (pág. 4).

Algunas palabras no latinas usadas antes del año 800:
per illa arelia de Branas, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
arrogium, año 775. E. S., t. 18, p. 301.
caballos, año 781. E. S , t. 37, p. 310.
una capa serica, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
cruce et capsa, año 757. E. S., t. 40, p. 363.
culiares argenteos, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
decaneis, año 741. E. S., t, 37, p. 305.
illos dextros, año 757-785. E. S., t. 40, p. 362, 363 y 368.
feltros, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
gasilianes, año 796. B. R. A. H., t. 46, p. 70.
tres hacelelias, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
per illa lagena, año 775. E. S., t. 18, p. 301.
mamolas antiquas, año 760. E. S., t. 40, p. 366.
mantas sex, año 781. E. S., t. 37, p. 308.
per illas mestas de Freznedo, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
per illo molon de inter ambos rios, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
cum nasariis et piscariis, año 757, 760. E. S., t. 40, p. 362, 363 y 366.
per peña Sarnosa, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
ad illa peraria de oldriti, año 749. E. S., t. 40, p. 357.
hereditates et plantados, año 760. E. S., t. 40, p. 365.
ex presuria adquisivi, año 747. E. S., t. 40, p. 357.
quinque quitrabes, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
uno rocino, año 781. E. S., t. 37, p. 308.

vasos solomonigos, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
sayonis, año 740. E. S., t. 37, p. 304.
tres scanos, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
nullo scurro fixo, año 747. E. S., t. 40, p. 359.
sesicas molinarum, año 757-760. E. S., t. 40, p. 363 y 366.
duas siacatas, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
sicere, año 781. E. S., t. 37, p. 307.
silbarias parietes, año 775. E. S., t. 18, p. 302.
sobrino, año 781. E. S., t. 37, p. 310.
stipata de familia mea, año 747. E. S., t. 40, p. 358.
tapetes, año 780. E. S., t. 37, p. 308.
tio, año 781. E. S., t. 37, p. 310.
in solido et tremisse, año 796. B. R. A. H., t. 46, p. 70.
per illa usa que vadit ad pradum, año 796. B. R. A. H., t. 46, p. 69.
meas veigas, año 757. E. S., t. 40, p. 362.
ad illa vereda, año 757. E. S., t. 40, p. 391.
per ipsum Vilare, año 776. E. S., t. 18, p. 301.

4 (pág. 4).

Como nombres propios de poblaciones ó localidades con forma moderna, ó no latina, anteriores al año 1000, podrían citarse muchos, entre otros los siguientes:

Alfoz de Arlanzon, año 804. E. S., t. 23, p. 448.
Arroyo de Piellas, año 841. E. S., t. 40, p. 375; en el mismo documento se hace mención de *Arroyo Vaudello; Arroyo Montis Mediano; Arroyo quem dicunt Sicum* y *Arroyo Lusini Froylani vocitatum*.
usque in *Balso Rubio*, año 888. E. S., t. 28, p. 245.
in confinio de *Castro Alcova*, año 885. E. S., t. 41, p. 339.
al *corrale de los Navarros*, año 964. M. C. D., p. 6.
per facuce de *Transcollo*, año 926. E. S., t. 37, p. 349.
ad *foz del Busto*, año 804. E. S., t. 26, p. 442.
in *grado de Gor*, año 977. E. S., t. 43, p. 414.
illa *lama de Casa de Arias*, año 922. E. S., t. 18, p. 319.
per *Marco de Ernelao*, año 916. E. S., t. 19, p. 356.
per *marcos de Campella*, año 916. E. S., t. 19, p. 355.
per illas *mestas de Freznedo*, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
penna Aguilera, año 891. E. S., t. 37, p. 338.
per *peña Sarnosa*, año 781. E. S., t. 37, p. 306.
terminum de *Penna Vado*, año 886. E. S., t. 17, p. 237.

planum de Cavallos, año 853. E. S., t. 37, p. 320.
plano de Alceto, año 804. E. S., t. 26, p. 447.
reffogios de Leza et *de Sarga*, año 942. E. S., t. 18, p. 325.
rego quem dicunt *rio de Froya*, año 891. E. S., t. 37, p. 338.
per *rio de Caon*, año 926. E. S., t. 37, p. 349.
Villa Nueva de Caraço, año 979. F. R S., p. 6.
per illas *lomas de Tell Munioz a Val de Rodrigo*, año 979. F. R. S., p. 6.
super *Villa Verde*, año 969. E. S., t. 18 p. 331.
per illo *molon de inter ambos rios*, año 781. E. S., t. 37, p. 306.

En documento de 987 se dice: de la *coua Gallons* sicut vadit serra serra et exit a *castheilon de lo borbuylo* (burbulo) et *de casteilon de lo borbuylo* exiit..... usque a *puyazuelo de los kadilons*, et del *poyo de los kadilons* a la *fuent de los bayos*..... a la coua que vocatur *Gallons*. M. C. D., p. 63.

5 (pág. 4).

Catálogo de los documentos del monasterio de Sahagún, por D. Vicente Vignau, pág. 634.

6 (pág. 4).

Palabras de origen árabe empleadas antes del año 1000:
vilarem Abdarama, año 922. E. S., t. 43, p. 398.
acitaras auro textas, año 812. E. S., t. 37, p. 317.
albala, año 959. E. S., t. 49, p. 328.
in alfoz de Arlanzon, año 804. E. S., t. 26, p. 448.
casulla alba de Algoton, año 951. E. S., t. 34, p. 455.
aliphaphes, año 969. E. S., t. 18, p. 322.
almuzallas, año 951. E. S., t. 34, p. 455.—Año 969. E. S., t. 18, página 332.
sine anubda, año 979. F. R. S., p. 6.
in Arrevalde (arrabal?) *civitatis Legionis*, año 954. E. S., t. 34, página 457.
azeniam, año 951. B. N., p. 384.
marahezes cardenas, año 951? E. S., t. 34, p. 455.
panno tiraz, año 934. E. S., t. 40, p. 400.
de tirace (dalmática) año 998. E. S., t. 40, p. 409.

7 (pág. 6).

Por la índole especial del asunto me veo en la necesidad de impugnar ideas de autores respetables, amigos los más, difuntos algunos, como los señores Dozy, Simonet, Eguílaz y otros á quienes no he tenido ocasión de tratar; conste, por tanto, que ninguna rivalidad me mueve á ello.

8 (pág. 7).

Algunas palabras que hoy parecen catalanas ó francesas y constan en documentos antiguos no catalanes:

abia (abuela) *abios* (abuelos), año 1032. B. N. 447 y 448.
aduga, aducir, año 1396. R. A. II, 297.
afferes (negocios), año 1396. R. A. V, 135.
apres (después), año 1396. R. A. II, 84.
ara sian (bien sean), año 1396. R. A. IV, 430.
arjent (plata), año 1325. E. S. 48, 226.
baralla (riña), año 1131. E. S. 49, 355.
bestiar (caballerias), año 1396. R. A. IV, 337.
Bispe (Obispo), año 1240. E. S. 50, 443.
blau (azul), año 1325. E. S. 48, 226.
cama (pierna), año 1396. R. A. V, 245.
clau (llave), año 1396. R. A. V, 133.
culiares (cucharas), año 780. E. S. 37, 308.—Año 969. E. S. 18, 332.
dius (bajo), año 1397. E. S. 48, 236.
donas, dones (mujeres), año 1088, V. S., pág. 277.
ensemble (juntamente), año 1387. E. S. 48, 235.
iutge, jutges (jueces), año 1396. R. A. II, 379.
mafrege, marfega?, año 11... E. S. 50, 427.
masa (mucho), año 1396. R. A. V, 90.
mateix, matex, año 1396. R. A. V, 90 y 347.
repaire (en Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*; estrofas 19 y 23).
senes, sines (sin), año 1387. E. S. 48, 236.
taula (mesa), año 1396. R. A. II, 87.
yxieren, año 1242. C. F. B. 133 y 135.
lures, lure (sus, su), año 1076. R. A. II, 213.—Año 1090? R. A. III, 762.—Año 1240. E. S. 50, 444.
nou (nueve), año 1396. R. A. IV, 428.

seze (diez y seis), año 1278. V. S., pág. 453.
vint, año 1396. R. A. II, 377.
xixanta, año 1396. R. A. II, 378.

9 pág. 7.

Recuerdo á este propósito que, habiendo yo estampado en el t. VII de la *Colección de Estudios Arabes*, pág. XIII, el dicho vulgar de mi tierra «*a fei, como el tio Cascaciruelas, que va fé tot lo que va podé y no va fé res*» uno de mis amigos, de los más insignes catalanistas, me escribió indicando que esta frase era *catalán puro*, suponiendo que Ribagorza, por sus relaciones con Cataluña, había imitado la lengua de ésta.

Cómo y cuándo la lengua hablada en la parte Norte de Aragón, ó sea en la actual provincia de Huesca, evolucionó, llegando á diferenciarse de la que se ha llamado *Lengua catalana*, no es fácil fijarlo.

Ya que no respecto á las causas, respecto al tiempo arrojan no poca luz los trabajos llevados á cabo por el distinguido joven don Tomás Navarro Tomás en sus estudios de documentos aragoneses del Archivo Histórico Nacional y en los hechos en su excursión por el Alto Aragón, de los cuales dió cuenta en su interesante folleto *Pensión al Alto Aragón*, por *Tomás Navarro Tomás*, extracto. (De la Memoria de la Junta para ampliación de estudios é investigaciones científicas correspondiente al año 1909.) Madrid, 1907.

Al dar cuenta de los numerosos documentos que se conservan en el Archivo de la Catedral de Jaca, de los cuales el más antiguo de los estudiados es del año 1058, dice el Sr. Navarro, «el primero que aparece en romance data del año 1255.....» En realidad, para llegar al primer documento aragonés hay que avanzar hasta 1312, pues todos los romances que se encuentran desde 1255 hasta esta fecha, están escritos en catalán. Pasando de 1312 desaparecen en absoluto los catalanes; es decir, que entre éstos y los aragoneses no hay simultaneidad, hallándose el punto de separación entre unos y otros de 1307 á 1312. Este mismo fenómeno se halla determinado, aun cuando no de un modo tan absoluto, en otras documentaciones del Alto Aragón, como son las de *Summo Portu*, *Benedictinos de Santa Cruz* y *San Juan de la Peña* (las tres se encuentran en el Archivo Histórico Nacional): en todas ellas el catalán abunda durante el siglo XIII y desaparece en los primeros años del XIV; más al Sur, en *Montearagón*, *Alquézar* y *Huesca* (Archivo municipal), apenas se

encuentra un documento en catalán; al Oriente, en *San Victorián,* cerca de *Ainsa, Notarías de Graus* especialmente, ofrecen escrituras catalanas hasta muy entrado el siglo xv; más adelante, al dar noticia de los documentos examinados en Alquézar, dice el Sr. Navarro Tomás:

«Entre los pergaminos parroquiales abundan los del siglo xiii en aragonés.....»

El tiempo en que se verificó la transformación de la lengua hablada en el primitivo territorio de Aragón, fué indicado casi del mismo modo por el Excmo. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller en el año 1884 en su *Discurso* de recepción en la Real Academia de la Historia y ratificado al publicar en el *Boletín* de la misma Academia, año 1908, t. LII, pág. 345 y sig. el texto de los *Ordenamientos de la ciudad de Jaca de 1238:* en ambos trabajos se lee:

«Documentos auténticos, que hemos tenido la suerte de descubrir, enseñan que la lengua del primitivo territorio de Aragón, principalmente de su capital Jaca, fué hasta el siglo xiii inclusive una de las variedades de la *gascona*, de uso vulgar y oficial en Pamplona y en los Condados de Bearne y Bigorre.»

Conforme con el hecho indicado por el Sr. Navarro Tomás de que en la parte oriental de Aragón constan documentos en catalán hasta el siglo xv, el Sr. Carreras y Candi, en el *Butlleti del Centre Excursionista de Catalunya*, Septiembre de 1908, advierte que en el siglo xv la lengua catalana perdió visiblemente su esfera de acción en Velilla de Cinca, pues en la segunda mitad del mismo sus párrocos alternan partidas catalanas con otras en castellano, hasta que en el siglo xvi desaparece el catalán.

10 (pág. 9).

Abenjalicán (t. III, pág. 466 de la edición del Cairo) da una etimología poco limpia del nombre de Aben Merdaníx, etimología que coincide con la que se da del nombre de *Constantino Coprónimo.* Mr. Dozy no acepta la transcripción *Merdaníx* y lee *Martínez:* puede verse lo que dije en la pág. 311 del t. III de la Colección de Estudios Arabes, *Decadencia y desaparición de los Almoravides en España.*

La etimología de *Hamusco* ó *Ha-Mochico,* estudiada también por Dozy, tomándola de Abenaljatib, es en rigor menos aceptable. Dice Abenaljatib en la Ihata (pág. 159 del t. I de la edición del Cairo; fol. 64 del Ms. de la Colección Gayangos, de donde lo tomó Dozy)

que al bisabuelo de Aben Hamusco, cristiano renegado y muy temido de sus antiguos correligionarios, le faltaba una oreja, que le había sido cortada, y cuando le divisaban los cristianos en el ejército enemigo, decían ها مشكك y añade معناه نرى المقطوع الاذن اذ ها عندهم قريب من اما في اللغة العربية والمشكك المقطوع الاذنين في لغتهم que significa *mira* (ó he ahí) *al desorejado*, pues ها entre ellos es casi como اما en árabe y المشكك *el moxco* (significa) en su lengua *el cortado de ambas orejas*; aunque los autores escriben حُمُشْك Hamosc. Dozy transcribe *Mochico* y sale, hasta cierto punto, palabra española, *el pequeño mocho;* mi amigo D. Eduardo Saavedra sospecha que *Hamusco* se refiere á Amusco, villa en la provincia de Palencia, partido judicial de Astudillo, pues el Hamusco, cristiano islamizado, estuvo al servicio de los reyes de Castilla y es muy posible que fuera de *Amusco.*

Del poco crédito que merecen los autores árabes en cuestiones de etimología, nos suministra un ejemplo notable el insigne autor español Aben Hazam, en su libro *Colección de genealogías de los árabes* (Ms. Ar. de la Real Ac. de la Historia, n. 6, fol. 194 v.), al citar á un individuo oriental de una de las ramas de los بنو دوس *Beni-Dus* ó *Dos*, llamado Abuzohair Benanís, dice que *se le llamaba El dos, porque su número era ó estaba en dos*: no se comprende bien el significado de la frase, pero parece evidente que se refiere al número *dos:* en España, dice el autor, que la residencia ó asiento de los *Benidos* era Todmir (Orihuela) (fol. 193 v.), y efectivamente, se citan en Alandalus varios individuos de esta familia, ó al menos que entre sus ascendientes figura un دوس ó دوش

Del poco sentido etimológico entre los españoles no árabes, tenemos un testimonio vulgar en las armas ó escudos de algunas poblaciones: un sol con barbas en Barbastro (barbas de astro); el león en la ciudad y reino de *León,* (Legio, convertida en león); una sirena en Villanueva de la Serena, etc.

11 (pág. 10).

a) Palabras que comienzan por ا ó ب que no son árabes y figuran en los Diccionarios de Freytag y Xartuní.

ابنوس *ebanus.*— اسطقس *elementum.*— اصطبل *stabulum.*— اقلم *te-*

rritorium, clima.—برج: *turris, munimentum, burgus.*—بردون: *burdo, veredus, mulus.*—بلغم: *flegma.*—بلوط: *glandifera, &.*

b) Palabras no árabes que comienzan por ا, incluídas por Freytag y no por Xartuní ni el autor de Tachalarus.

اسطوان *porticus.*—اسطول *clasis.*—اسفرنجه *sparagus.*—اسفنارية *pastinaca.*—اسفنجة *laganum.*

c) Palabras que comienzan por ا ó ب incluídas por Dozy en el Suplemento y que no figuran en el Xartuní.

ابلنتاين *plantago* (plantaina).—اسبرنجه *esparagus.*—اشتب-اشتب *stupa.*—اشقالية *far, scandula* (escalla en Aragón).—اشقطر *armiger, escudero.*—اشكالة *caucum, ampulla scala* en documentos latinos del siglo x.—اشكامة *branchia* (escama).—اشكوريه *scoria ferri.*—اطربشين *biga* (travesaño).—افرشته *crista.*—باله *pala.*—برجاله *modius, barcilla en Aragón.*—برطال *porticus* (portal).—برطل *paser* (pardal).—برك *bruchus.*—بروقه *verruca* (verruga).—بريند *terebrum* (barrena).—بسه *osculum* (beso).—بضع *pulmo.*—بق *pulmo* (bofe).—بلبه *matrix* (vulva).—بلشتيرة *ballistaria.*—بلمبنه *stercus columbarum* (palomina).—باوجه *cicomia.*—باوطه *glans* (bellota).—بالينه *cete* (ballena).—بنديرُ *timpanum* (pandero).

12 (pág. 11).

Abuchafar Ahmed, hijo de Almutaman Abenhud, que tomó el sobrenombre de *Almostáin*, y es conocido entre los reyes de Zaragoza por Almostáin II, reinó en esta ciudad desde el año 478 de la hégira al 503 según la cronología que nos dan los autores árabes; pero las monedas de este período, acuñadas en Zaragoza, hoy por hoy, en vez de aclarar la historia, la complican, probablemente porque estamos muy mal enterados; por las monedas parece que comenzó á reinar en 476, del cual año las hay también de su abuelo *Almoctádir*; de su padre *Almutaman* las hay sólo del año 474. Ahmed Almostáin en las monedas de los años 476 á 481 inclusive se titula *El háchib Seifodaula Ahmed,* y en las del año 481 *Almostáin bila, hijo*

de Almutaman Ahmed; de este tipo hay monedas hasta el año 489 inclusive, no conociéndose ejemplares desde esta fecha hasta el año 497 y desapareciendo de las monedas de los últimos años el nombre de su padre (vide *Tratado de Numismática arábigo-española*, por Don F. Codera, pág. 168 y sig.—Vives: *Monedas de las Dinastías arábigo-españolas*, página 196 y sig.)

13 (pág. 11).

Las palabras que principalmente me llamaron la atención en las notas que, tomadas de los dos códices de Leyden y Nápoles, facilitó Dozy al Sr. Simonet, fueron:

Bellota (ó encina), الججينه, *la chene.*

Bellota (fruto), بومه دالججينه, *poma de la chene.*

Azogue, ارزنت بيبه, *arzinto vivo.*

Plata, ارزنت والبلاطه, *arzinto y plata.*

Granadas, en el códice de Leyden, غرناطش, *garanatas*; en el de Nápoles, مغرانش, *megranis* (minllanas en Ribagorza).

Queso, قيجه, قيجه, وفرمجه, *queso y formache.*

14 (pág. 12).

Como ejemplo de la incorrección y de la dificultad de corregirlas, citaré un hecho, aunque sea personal: en el artículo قرطال *avena*, según las notas comunicadas por Dozy á Simonet, el códice de Leyden dice que la negra ó salvaje se llama دلوقه, y el de Nápoles يلوقه; pues bien, la primera letra está equivocada en ambos códices, y evidentemente debe ser ب, como aceptaron Simonet y Dozy, resultando la palabra *valluaca*, como hoy se llama en algunos puntos de Aragón al *vallico*, y se da la coincidencia de que dicha palabra en el códice español está escrita بلوقه con la letra ب, como admitieron Simonet y Dozy; pero están mal las vocales; de modo que para llegar á poder descifrar estos enigmas se necesitará poder averiguar cómo se llama la droga ó medicamento en todas las regiones de España, por ser probable que el nombre se conserve en alguna región.

15 (pág. 12).

Es corriente, aunque quizá no sea correcto, el llamar á este poeta y á otros moros españoles *Abenguzmán*, transcribiendo á nuestra escritura y fonética el nombre ابن قزمان *Abencozmán*.

Figuran en nuestra *Bibliotheca Arabico-Hispana* al menos tres poetas de la misma familia: *Isa, hijo de Abdelmélic, hijo de Guzmán*, preceptor de Hixem II (Ms. Ar. Ac. N. 80, fol. 51 v.); un *Mohámed* muerto en 508, que parece ser hermano del anterior, al cual, Abensaid (fol. 74 v.) llama Mohámed el Mayor; un *Abderrahman hijo de Mohámed*, muerto en 564, que podría á su vez ser hijo del anterior, aunque la diferencia de cincuenta y seis años en la fecha de la muerte lo hace difícil, y el Mohámed del texto á quien Abensaid (fol. 74 v.) llama Mohámed el Menor, é *Imam de los zachalin* (autores de poesías populares), añadiendo en otra parte (fol. 3 v.) que sus poesías habían sido coleccionadas, y eran celebradas en Oriente, y Occidente. Por el mismo tiempo figura en Toledo un *Abenguzmán* que no parece enlazar con la familia de los poetas cordobeses; y casi cien años después encontramos en Guadix un *Abdelbar, hijo de Guzmán*.

Ahora bien, el ابن قزمان árabe ¿tiene algo que ver en la realidad con el nombre *Guzmán*? Así lo hemos creído todos, engañados por la vocalización de la palabra, que evidentemente nos lleva á un sonido que se parecería mucho á *Guzmán;* pero es el caso que ya en tiempo de Mahoma aparece en la batalla de Ohod, año 3 de la hégira (Abenalatir, t. II, pág. 125) un قزمان, y esto nos hace sospechar que nada tiene que ver con Guzmán la familia descendiente del قزمان cordobés, *Cozmán* ó como deba leerse: el mismo Abensaid pone un epígrafe que dice: بيت بني قزمان *casa ó familia de los Benicozmán*, y añade que Alhicharí celebra esta familia entre las familias de Córdoba, y que los individuos de ella no dejaron de alternar entre el vizirato, la ciencia y la jefatura (fol. 74 v.): en vez de ser los *Abencozmán* de linaje mozárabe, como supuso el Sr. Simonet, sospechamos que el nombre pueda ser de origen oriental: lo indico como sospecha, cuya comprobación resultaría quizá del estudio de todas las noticias referentes á los individuos que ostentan este nombre entre los ascendientes sin que pretendamos, ni mucho menos,

que procedan del قزمان, *Cozmán*, del tiempo de Mahoma; este estudio podría además dar por resultado el aclarar quién ó quiénes de los individuos de esta familia escribió y qué obras, pues algo se atribuye á *Abdarrahman Abenguzmán.*

16 (pág. 12).

Véase *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes,* pág. CLV.

El Sr. D. Antonio Almagro Cárdenas, en la Introducción que escribió para la copia del Ms. de Abenguzmán que hizo para la Real Academia de la Historia, dice (pág. 28): «A continuación insertamos una lista de los vocablos más dignos de estudio que contiene esta *colección*, formada por nuestro querido maestro el Dr. Simonet:

شقور *segur*—قرارط *carretas*—*probablemente* plural de قريطة براطيل—plural de برطال *pardal*—الجحرج será الجرج *cierzo?* vide Dozy شرش—بندير *pandero*—مرقطال *mercadal* (mercado)—اطربشان *travesaño*—بلطر parece ser *paladar*—وسال قسال *cassalis* por *capsale*—قواصل plural de قيصال *(comensal?)*—قرق *alcorque*—ينير *Enero*—شول *de sol?*—يجوجلوا futuro del verbo جوجل *chuchear*» todo está con la indicación de las páginas del texto y referencia á las de Dozy, *Supplement*), y añade: «Hay otras muchas voces dignas de estudio y consideración, de las que nos ocuparemos más detenidamente cuando estudiemos este códice con la amplitud que merece, y terminamos estas consideraciones filológicas afirmando que el Diván de Aben Cuzmán puede considerarse, por su extensión y variedad y demás condiciones, como el monumento más importante del árabe vulgar de los muslimes españoles, y donde este mal conocido dialecto puede conocerse mejor y estudiarse con más provechosos resultados.»

17 (pág. 13).

De la obra de Abenguzmán se ha hecho una reproducción fototípica, encabezada por el siguiente título:

Ibn Qozmân.—Le Divan d'Ibn Guzman feuilles en phototypie. Texte arabe, traduction et commentaire, enrichi de considérations

histor., philolog. et litter., sur les poèmes d'Ibn Guzman; sa vie, son temps, sa langne et sa métrique, ainsi que d'une étude sur l'arabe parlé en Espagne au VI.e siècle de l'hégire dans ses rapports avec les dialectes arabes en usage aujourd'hui et avec les idiomes de la péninsule ibérienne, par D. de Gunzburg. Fsc. I. Le texte d'aprés le ms. unique du Musée asiatique imperial de St. Pétersbourg. Berlin, 1896.

A pesar de los años transcurridos, no sabemos que se haya realizado el programa expuesto en este título. Hay que agradecer, sin embargo, como gran servicio á las letras, el prestado por el Sr. Darín de Gunzburg, al reproducir fotográficamente la única copia que en Europa se conserva de ese diván; merced á esa reproducción, podemos estudiar en España el texto; y tengo la confianza de que pronto aparecerá un interesante estudio acerca de esta obra.

18 (pág. 13).

Vocabulista in arabico publicato per la prima volta sopra un codice della Biblioteca Riccardiana di Firence da C. Schiaparelli. Alunno del Reale Instituto di Studi Superiori. Firence, 1871.

19 (pág. 14).

Glossarium Latino-Arabicum ex unico qui exstat codice Leidensi undecimo saeculo in Hispania conscripto, nunc primun edidit, praefatione, notisque instruxit, tabulam phototypicam adiecit Christianus Fredericus Seybold Tubingensis.—Berolini, 1900, un tomo en 8.º, de xx y 574 páginas.

20 (pág. 15).

Aunque no es cosa nueva el que desaparezcan palabras que han sido muy comunes, pues ya Horacio dijo: «multa renascentur quae jam cecidere, cadentque quae nunc sunt in honore vocabula, si vellet usus, quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi», citaré una palabra que en el Diccionario de la Academia consta como regional de Ar.—el verbo *tranzar (vender en subasta)*, que figura en los Fueros de Teruel y Brihuega, y que encuentro en documentos de mi pueblo natal (Fonz), de los años 1627 y 1786, donde hoy nadie la entendería.

21 (pág. 15).

Seybold, *Glossarium*, pág. 229, nota 1.ª

22 (pág. 15).

Aunque para fijar que la última letra de una palabra debía sonar con vocal, con frecuencia añadían la letra ة que marcaban con socún, se encuentran nombres como أشْتُبَّ ـ اشْتُبْ *estopa*, أمْبْلِق *ombligo*, قَمِيص *camisa*, que no puede suponerse que se hayan pronunciado *estop*, *omblic*, *camis*, y que después se les haya añadido la vocal; por esto suponemos que el nombre قنجير (perro conejero) no se ha dicho nunca *conchair*, sino *conechero*; en algunos casos el autor ó el copista han tenido cuidado de poner la vocal ـَ *dama*, con ó sin la ة final.

23 (pág. 15).

Como palabra evidentemente mal vocalizada, por errata ó mala copia, puede presentarse el nombre بُسّه que el autor del Vocabulista pone como correspondiente á *osculum (besso)*; difícilmente podrá admitirse que en algún tiempo se haya dicho *bossa* por beso; *pulpitus* corresponde á طُرْبونه *(torbuna) tribuna*, que el autor escribiría طِرْبُونَه *tirbuna*, porque la índole de la lengua no consentía escribir *tribuna*; pero no pudo ocurrirse á Raimundo Martín, ó á quien sea el autor, escribir طُرْبونه *torbuna*.

24 (pág. 16).

Dice el Sr. Simonet (pág. CLXII), «y escrito en nuestro país entrada la segunda mitad del siglo XIII, para promover la conversión á nuestra fe de los Moros del reino de Valencia, sometidos pocos años antes por las victoriosas armas del rey D. Jaime I, el Conquistador» (esto será admisible, pero no consta); y más adelante (página CLXIV) «es indudable que este diccionario se escribió en nuestro país: así lo acreditan por una parte numerosos vocablos pertenecientes á nuestros romances, catalán, valenciano y castellano, que ofrece, ya en correspondencia directa con los arábigos, ya en glosas y notas marginales.»

25 (pág. 17).

Obra citada, pág. CLXIV.

26 (pág. 17).

De la pericia de Raimundo Martín en árabe y en latín nos da testimonio personal nuestro querido amigo y sucesor en la cátedra de Arabe D. Miguel Asín Palacios, que ha estudiado como nadie las obras de Algazel y el *Pugio Fidei* de Raimundo Martín. Véase *Homenaje á Menéndez y Pelayo,* tomo II, págs. 217 256, el trabajo titulado *Mohidín.—Colección de Estudios árabes*, tomo VI. ALGAZEL, *Dogmática*, *Moral*, *Ascética*, con *Prólogo* de MENÉNDEZ PELAYO. Un tomo de 912 páginas. Zaragoza, 1901.

27 (pág. 17).

Como prueba de que el autor del *Vocabulista in arabico* estaba poco fuerte en el conocimiento de las lenguas latina y árabe, puede citarse, entre otras muchas cosas, lo siguiente: como correspondiendo á *lepus* pone أرنب y خرنق y ésta también como correspondiente á *cuniculus*, siendo así que en el Diccionario de Freytag, lo mismo que en los orientales, se da como *liebre pequeña*, que es la acepción que le da el Glosario de Leyden, *lepusculus* y *lepuscellus*, y es en la que la palabra *farnaca* se emplea en Aragón; por *mortariollum* pone la forma correcta مهراس y مهراز, mal el latín y mal el árabe; el de Leyden lo pone bien, مِهْرَاس *mortarium*; otras veces pone dos formas diferentes en latín ó en árabe, así *clasis* أسطول y أسطول—*stupa* أشتب *ostob* y أشتب *ostop*—*rasina y risina* رجينة y رجينة (*resina*).

El autor del Vocabulario ha dado pruebas de su poco conocimiento de la lengua árabe al inventar por su cuenta verbos cuadriliteros derivándolos de palabras no árabes: así del nombre سرند *cribrum* (zaranda), que no es árabe, ha formado el verbo سرندة *cribare*; de سقلب *eunuchus*, سقلبة *eunuchizare* ó *eunugizare*; طربشة y طربجة *facere*, de طربجة y طربشة, formas con las que el nombre apareee en Ms. aljamiados; de فركة *furca* que tampoco es árabe,

عَلَّقَ *suspendere*, probablemente en el sentido de *ahorcar*, no en las demás acepciones de suspender; el verbo غَرَّسَ *propagare hempeltar* (pág. 540), probablemente formado sobre el supuesto nombre *mucro?* y será el verbo que nosotros (en Ribagorza) decimos *amorgonar* (amugronar).

28 (pág. 18).

El hecho de que en el Ms. haya muchas palabras ó frases latinas sin la correspondencia árabe, podría hacer sospechar que se trata del borrador ó autógrafo de una obra, y de todos modos, que el autor no la había dado por terminada.

29 (pág. 18).

Aunque la cuestión no tiene gran importancia en sí, merece que se examinen las razones en que el autor funda su opinión; dice (página X): «Vt lexicum illud *Petri de Alcalá*, Hispano-Arabicum compositum est Granatae, *Vocabulista in Arabico* in Catalonia (cum glossis saepe Catalanicis nondum á viris doctis ad origines linguae Catalanicae indagandas adhibitis) ita Glossarium nostrum Latino-Arabicum in Hispania media vel occidentali (Castilla vel Portugallia) concinnatum esse videtur, ut ex equorum coloribus Hispano-Lusitanis (Fortasse antiquissimum linguae Hispanicae monumentum literis traditum) fol. 138 v. et ex linguae Latinae formis Hispanismum saepe olentibus, et ex vocabulis prope Lusitanicis conicere licet.»

En el texto transcrito, el Dr. Seybold indica que el Vocabulista, escrito en el siglo XIII, puede servir mucho para investigar los orígenes de la lengua catalana, que por este tiempo estaba casi definitivamente formada, aunque con referencia á los siglos del IX al XIV pudiera llamarse *lengua de la España citerior y Mediodía de Francia*, pues las palabras catalanas ó valencianas de hoy que figuran en las glosas, probablemente se emplearían aún en otros muchos puntos.

30 (pág. 18).

Eduardus Boehmer.—De lingua Hispano Romanica ex Glossario Arabico et Latino illustranda Eduardi Boehmeri adnotatio, inserta en sus *Romanische Studien*, I, 221-230.—*De colorum nomini-*

bus equinorum collectanea commentatio (Boehmerus Roman. Stud. I, 231-294).— *Vulgargriechisches aus einer spanischen Handschrift a Gulielmo Schmid* (in Byzantinische Zeitschrift, 1898, págs. 406-7).

31 (pág. 18).

Los nombres de los colores de los caballos que figuran en el Glosario de Leyden, fueron publicados por el Sr. Simonet, pero según el Dr. Seybold, en malas condiciones; dice (pág. XV) después de haber citado varios errores de lectura en que incurrieron autores que estudiaron este códice: «comparanda etiam est doctissimi Simonet nota (pág. CLX in Glossario supra laudato) ubi admodum viciose edidit colorum illum brevem catalogum Hispano-Arabicum a Dozyo ipso ei ex codice nostro suppeditatum et comunicatum: legitur hic *Murello* pro *Murzello*—*Butro* pro *Bayro* (varius)—*Horno* pro *Storno*—*Musuco* pro *Musaco!*» Los verdaderos nombres de los caballos, tal como se leen en el Glossario, según el Sr. Seybold, son *Murcello, Rodano, Ruzit, Castango* (¿dirá *Castagno?), Bayro, Stornoalbo, Pardo* y *Musaco* (pág. 554)».

El Sr. Seybold sospecha que estos nombres sean «*antiquissimum linguae Hispanicae monumentum literis traditum*», suposición poco fundada, pues cabalmente constan nombres de colores de caballos bastantes años antes; pues tenemos anotados:

mulum amarellum en 928, B. N., p. 370.
caballum basum año 1032 y *caballum vayo* año 1031. E. S., t. 38, p. 288 y 297.
mulo castano año 1090? R. A., t. III, p. 762.
mula mana año 934. E. S., t. 40, p. 400.
caballum mauricello año 921, 928 B. N., p. 366 y 370.
equo rosello año 893. M. C. D., p. 23.
uno caballo rosello año 994. E. S., t. 36, p. 1.
caballum rosellum año 1034. B. N., p. 366 y 450.
cabalio (caballo) raudano año 994. E. S., t. 36, p. 1.

Para el Sr. Seybold es indicio del origen portugués del Glosario el que en Portugal se haya usado el nombre *abobora* ó *abobra*, que supone con fundamento es evolución de *apoperis*, *apopores*, en San Isidoro.

Si en el Glosario se hubiera puesto la palabra con la forma portuguesa, podría pasar que se tomara como indicio; pero como parece evidente que el autor del Glosario tomó el fondo de la parte latina de obras anteriores influídas por la de San Isidoro, nada tiene

de particular que incluyera la palabra *apoperis* sin cuidarse, y quizá sin saber, si la palabra se conservaba en alguna región de España, y constando que se conservaba en Portugal, es probable que se conservara en otras partes, pero que no consta.

32 (pág. 19).

En la pág. X dice: «Vt lexicum illud Petri de Alcalá Hispano-Arabicum compositum est Granatae, *Vocabulista in Arabico* in Catalonia (cum glosis saepe Catalanicis nondum á viris doctis ad origines linguae Catalanicae indagandas adhibitis).»

33 (pág. 20).

Comparado el número de palabras que tenemos ordenadas como de origen probablemente español en ambos Vocabularios, resulta que las tomadas exclusivamente del *Glosario* de Leyden no son la décima parte, si bien es verdad que algunas fueron ya aprovechadas para el Diccionario de Freytag.

34 (pág. 22).

Barbier de Meinard: *Journal Asiatique* de París. Mars-Avril 1907, pág. 183.

35 (pág. 24).

Dos son los personajes que encontramos mencionados con el apodo de *el Pollino:* el primero, ó más antiguo, es el poeta Said, hijo de Otmán, hijo de Meruán, conocido por el *Pollino* (ó el *Pollito),* pues en el texto de Adabí, el autor más antiguo, donde le encontramos mencionado, dice que era conocido por el *Pollito* البليته, si bien en nota se corrige esta lectura, indicando que la verdadera es البلينه, palabra en la que casi es imposible, aun dentro de la vaguedad de la escritura árabe, el leer otra cosa que *Pollino:* el autor dice que era uno de los poetas de Almanzor, copiando algunos versos suyos: no dice cuándo murió, aunque parece indicarse que en 381 había muerto, ó al menos que eran antiguos versos compuestos por Said en loor de Almanzor (B. A. H., t. III, bio. 807).

Contra la lectura del códice indicado tenemos la etimología del

mismo nombre escrito sin vocales y que Abensaid en el Ms. citado (fol. 89 v.) explica diciendo: «y البلينة *la ballena*? es un pez grande conocido por *bestia del mar*.»

Algo más moderno que Said, y hasta pudiera suponerse que era hijo suyo, es *Mohámed, hijo del Pollino,* natural de Badajoz y residente en Córdoba, conocido por el *Gazi,* por su asistencia ó adscripción á la mezquita de *Algazí* en el interior de Córdoba, siendo uno de los discípulos aventajados de *el Antaquí:* debió morir hacia el año 420.

Respecto del nombre del padre de Mohámed, la vocalización del texto البَلِّينَة parece que no deja lugar á dudas. (B. A. H., t. V, biografía 415).

En Abenhazam (Ms. Ar. Ac. N. 6, fol. 57 v.) encuentro otro poeta y del mismo nombre Said, que es conocido por el *Pollino:* entre los descendientes de Meruán ben Alháquem menciona á Abdelmélic ben Omar, el pariente de Abderrahman I, el que le obligó á suprimir la oración por los Abasíes, amenazándole, no con sublevarse, sino con darse muerte por no oir el nombre de sus enemigos: de Abdelmélic dice que entró en Alandalus con una turba de sus hijos, de algunos de los cuales quedaba descendencia, entre ellos de Abdala, de quien descendía el visir su biznieto Alabás ben Abdelaziz ben Alabás, muerto por los cristianos, y الشاعر البلينة (sic) سعيد بن محمد بن العاصي بن عمرو بن سعيد بن العباس بن عبد الله بن عبد الملك بن عمر el poeta, *el pollino? Said, hijo de Mohámed, hijo de Alasi, hijo de Amr, hijo de Said, hijo de Alabás, hijo de Abdala:* de donde resulta claro que sobrenombres de origen latino se aplicaban á individuos de la más alta aristocracia árabe.

36 (pág. 24).

Con la cunya de ابن بليط *Abenbalit* encontramos mencionados dos personajes: como el nombre بليط no se encuentra en el Diccionario de Freitag, y Dozy lo incluye en el *Supplement aux Dictionnaires*, tomándolo de Bocthor, no parece que pueda considerarse como palabra puramente árabe, ya que el significado de *travieso* ó *desvergonzado* ninguna conexión parece tener con el de la raíz بلط: ni Lane ni El Xartuní en sus grandes Diccionarios incluyen este nombre, como tampoco el que mencionaremos luego; cabe su-

poner que Bocthor tomó el nombre بليط de documentos que reflejasen la influencia latina, pues á este origen y al verbo *pilare* ó *pillare* parece que puede referirse el nombre بليط en el sentido de *travieso ó desvergonzado*, como nuestro nombre *pillete*.

El más antiguo de los dos personajes conocidos por *el hijo de Ballit* es *Abulcásem Ahmed, hijo de Mohámed, hijo de Alhasan, hijo de Málic*, que era conocido, dice Abenalfaradí (B. A. H. VII, bio. 189), por *el hijo de Balit:* nació en Córdoba en el año 308 y murió en la misma ciudad en 389.

No parece que tuviera conexión alguna con el anterior Aben Balit, otro con la misma denominación *Abumohámed Abdala*, hijo de *Áhmed, hijo de Balit*, el Queisí, natural de Algeciras, que estudió en Sevilla y Córdoba, donde estaba en el año 503, y donde probablemente murió hacia el año 530, pues que el autor pone su biografía entre los que mueren por estos años, aunque de éste, dice, no pudo ver la fecha de su muerte.

Si admitimos que la palabra بليط corresponde á *pillete* ó *pillet*, tendremos la existencia de esta palabra desde principios del siglo x de nuestra era.

Como femenino del nombre بليط puede tomarse la palabra بِلِّيطَة *billete* ó *pillete* y que aparece en la *cunya* de *Alasad (hijo de Ibrahim, hijo de Asad) hijo de Billete (ó Pillete)*, poeta del tiempo de Almotadid de Sevilla, muerto, según Adabí, en el año 440 (bio. 581).

Abenbasam lo vocaliza بِلِّيطَة, y Dozy *(Loci de Abbadidis*, tom. I, pág. 20) lee *Billete* conforme con la explicación etimológica que aparece en nota marginal de uno de los códices; nótese que el autor de la nota debió de leer *billete* con la *b* sin fortificar, y por tanto dió la explicación que correspondía á *billete*, no á *pillete;* por esto nos inclinamos á creer que debe leerse *Pillete* y no *Billete*, pues como apodo parece raro el nombre *Billete:* las formas بليط y بليطة nos parecen sinónimas, indicando, á lo sumo, formas algo diferentes de la palabra *pillet* y *pillete;* queda indicado que la autoridad de los moros en materia etimológica de palabras latinas, ó mejor dicho, extrañas á su lengua, es muy poca: en este caso pudo muy bien inducir á error al que puso la nota, la viciosa pronunciación de la palabra *pillete*, que los moros no saben pronunciar por no tener la letra *p*, la que representan por la ب duplicada, llamándola en este caso *ba achemí*.

37 (pág. 24).

Tan lejos estamos de pensar que los arabistas sean impecables en este terreno, que no tememos asegurar que todos hemos pecado en interpretaciones, que pareciendo muy acertadas, son sin embargo erróneas, ó al menos aventuradas, y como los hechos dudosos, admitidos como probados, con facilidad engendran errores más ó menos graves, nos permitimos citar aquí casos concretos, aun á trueque de haber de combatir á personas muy respetables; y para que no se crea que nos lleva á ello rivalidad personal, comenzaremos por una rectificación propia.

Al publicar el Diccionario Biográfico del autor español, que todos hemos llamado *Aben-Pascual,* no se nos ocurrió que el nombre árabe ابن بشكوال podía admitir varias interpretaciones y le transcribimos, dando por sentado que el autor era un moro descendiente de un cristiano llamado *Pascual,* y, sin embargo, ni en la biografía del autor, ni en el cuerpo de la obra se encuentra indicación alguna que dé apoyo á la sospecha de que el autor sea descendiente de un renegado.

La sospecha se fundaba sólo en que no siendo la palabra بشكوال nombre árabe, propio ó común, debía suponérsele hispano-latino ó ibérico, y debía leerse *Bascual,* y como la letra ب representa lo mismo á la *b* que á la *p*, cuando los árabes transcriben una palabra que tenga esta letra, partiendo del supuesto de que se trataba de un nombre propio, no existiendo en nuestro santoral el nombre *Bascual,* transcribimos *Pascual,* y parece que á nadie se le ocurrió poner en duda lo acertado de la lectura.

Ahora bien, en el desarrollo de nuestras investigaciones para el presente trabajo, hemos visto que en los sobrenombres ó apodos de moros españoles hay una serie muy numerosa de nombres no árabes que terminan en ال y que parecen ser nombres diminutivos latino-ibéricos, ó árabes con forma latina; esto nos ha hecho sospechar que en el nombre بشكوال no hay un nombre propio latino, sino un diminutivo de un nombre común, que vino á ser apodo; cuál fuera este nombre común, no es fácil determinarlo, ya que caben varias combinaciones.

Contra la idea de que en las genealogías de personajes moros se conserven nombres de ascendientes cristianos, podría aducirse la costumbre comprobada en algunos casos, como en el del presbítero mallorquín Turmeda, que tomó el nombre de *Abdala, hijo de Abda-*

la, y que algún autor cita como procedimiento ordinario, no sé si con bastante fundamento.

En la genealogía del que hemos llamado *Abenpascual* hay quizá una protesta contra esra denominación; el supuesto Pascual es *hijo de Yúnus, hijo de Dáhat, hijo de Abdelquerim, hijo de Vafid, el Jazrachí, el Ansarí;* de modo que resulta de ascendencia netamente musulmana; verdad es que cabe el recurso de decir que la familia ó descendencia de Pascual fingió una genealogía árabe para ocultar su origen cristiano; pero habría cometido la torpeza de conservar el nombre, que podría tomarse como estigma de la familia, que siempre podría hacerse sospechosa de musulmanismo nuevo.

En confirmación de la sospecha de que en el nombre بشكوال puede estar oculto un apodo ó nombre terminado en el diminutivo *el*, tenemos el hecho de que entre los que figuran en Zaragoza en la Historia de los Sitios, encontramos un *D. Juan Basquel (La Condesa de Bureta..... por D. Mariano de Pano*, pág. 216).

Aducidas las razones que nos han hecho dudar de que el nombre ابن بشكوال *hijo ó descendiente de Pascual* deba interpretarse de este modo, podemos y aun deberemos proceder de igual manera en casos análogos.

Dozy hubo de hablar de un ابن مرتين, á quien podríamos decir que bautizó, llamándole *hijo de Martín*, pues en nota de la pág. 375 (tomo I. *Loci de Abbadidis*) dice: «Scripsi مرتين non حرتين, quia postrema vox, quantum scio, neque in lingua Arabica neque in linguá Hispanicá exstat; Martin vero Hispanicum esse, et complures Moslimos in Hispaniá nomina nec Latina gessisse, satis notum est. Praeterea fieri potest ut huius Muhammedis pater Hispanus Christianus fuerit, qui nomen Martini gesserit»; el Sr. Simonet aceptó la idea, adjudicando á los mozárabes la gloria del escritor, admitido sin más prueba como descendiente de un mozárabe apóstata; en el apodo ó sobrenombre مرتين puede perfectamente leerse *Martín*; pero caben otras lecturas, entre otras las de *Moratín*, y en manera alguna puede darse como probado que quien lleva este nombre deba ser considerado como mozárabe. Aun debemos añadir que la palabra حرتين que Dozy aseguró no podía ser árabe, puede serlo: puede ser genitivo del dual del nombre حرة, que tiene muchos significados, circunstancia que nos imposibilita la traducción, pues el personaje pudiera ser llamado *el de las dos tierras pedregosas, de los dos castigos, etc.*

En la obra del Sr. Simonet se encuentran casos parecidos, en los cuales, como en ابن ابي طنّة, la lectura ó interpretación *Abenabi Tonna, el hijo del padre de Tonna* (por Antonia), nos parecía justificada; hoy nos inclinamos á creer que no hay tal nombre de Antonia ó Tonna.

El llamar á un musulmán *el padre de Antonia*, implícitamente indicaría que una hija suya fué cristiana, y aunque esto á primera vista no repugna, no es probable dentro de la religión musulmana; pues la hija de un musulmán que abrazara el Cristianismo, irremisiblemente, caso de ser habida, tenía que sufrir la pena de muerte: como el nombre *tonna* ó *tona*, en el sentido de *tonel*, aparece en documentos de los siglos x y xi (años 972 y 1056), el nombre *Abutonna* podría significar, no *el padre del tonel*, sino *el del tonel*, por alguna circunstancia especial de su vida, como, por ejemplo, que fuera muy aficionado al contenido del tonel, *al vino*.

Conste, por tanto, que muchos de los personajes que Dozy y Simonet han dado como mozárabes, es posible que no lo sean, y de todos modos no hay razón para darlo como probado sólo por los nombres.

38 (pág. 24).

Así, como hemos dicho, la palabra *conchar* قنجر que pone Simonet por *conejero* (perro), dudo mucho que nunca se haya dicho *conchar*, sino *conechair* ó *conechero*.

39 (pág. 26).

Como nombres de cunya ó apodos terminados en ال, يل ó ير y que no pueden ser árabes, por no existir raíz de que procedan, tenemos anotados los siguientes, que sospechamos puedan corresponder á apellidos españoles ó franceses: no ponemos la transcripción, porque con las consonantes solas cada nombre resultaría un rompecabezas, y el añadir vocales ó interpretar las existentes es resolver la cuestión: la ponemos sólamente en los nombres cuya lectura parece segura por corresponder á apellidos conocidos.

ارمطيل Ms. Ar. Ac. N. 2, f. 45 v. (Aben Hayán).

برال B. A. H., t. III, b. 1125.

ابن برنّجال B. A. H., t. II, b. 1171; III, b. 91.

ابن بشتغير B. A. H., t. I, b. 164; II, 953; III, 479, 599; IV, 294, 300, 309, 479.

ابن ثرثال B. A. H., t. VII, pág. 91.

ابن حمنال B. A. H. VI, b. 1001.

ابن حوبيل B. A. H. I, 684; III, 992; VIII, 1725.

الحيّطال B. A. H. I, 900.

ابن خضريال B. A. H. V, 695.

دافال ó دوفل *Abenalabar*, t. III, de la *Tecmila*, pág. 156; *Abenalcadi*, edición de Fez, pág. 306.

السبطير *el sabater* ó *sapater*, B. A. H. V, 515; VI, 1426.

شقرال Abenaljatib, Ihata, Ms. Ar. Ac. N. 34, t. II, f. 139.

ابن شنطير *Xantero?* B. A. H., t. I, b. 37, 202, 204; III, 336; VIII, 1652, 1697.

ابن طرشميل B. A. H. V, 160.

ابن طهرشيل B. A. H. III, 454.

ابن طوريل Ms. Ar. Ac. N. 2, f. 27 r., 125 v.

ابن عسليل B. A. H. VII, 511.

ابن غطريل *Gatarel?* B. A. H. VI, 689.

ابن فرغل *Farguel?* B. A. H. VIII, 1315.

ابن فعدال apud *Fagnan*, *En-Nodjoum*, pág. 78.

ابن قرال Ms. de la Biblioteca Nacional; Gg. 27, pág. 211.

ابن قرذيال *Cardiel?* B. A. H. II, 1100.

ابن قرّيل ó بريال *Borriel?* B. A. H. I, 822.

ابن قسطار B. A. H. VI, 1906.

ابن قرطال ó قطرال Ihata, Ms. Ar. Ac., t. II, f. 169.

ابن قطال B. A. H. IV, 130; VI, 737, 1901.

ابن قلبيل Abenalabar, Ms. fotografiado, pág. 303.

ابن قنطرال *Cantarel?* B. A. H. VI, 1910.

ابن مُرْتَنيل B. A. H. III, 101, 872; V, 253; VIII, 1112.

ابن مرتيل *Martel?* Abenfarhún, edición litográfica de Fez, página 84.

ابن مرطير B. A. H. VI, 490.

مُنَتّيل ó منتيل B. A. H. III, 1384.

مُنْتَبال B. A. H. VI, 1434; V, págs. 51, 52; VI, pág. 640.

مُنْتيل B. A. H. I, 742; II, 1229; IV, 41; VI, 1311.

ابن منديريل Abenalcutiya, pág. 92.

ابن منديل Cartás, edición Tornberg., pág. 274.

ابن مُنْكَرال B. A. H. IV, 132; V, 650.

منوبال Abenalabar, Tecmila, t. III. Ms. fotografiado, pág. 211.

ابن مُنْجُوال *Mauchuel?* B. A. H. IV, 149, 207; V, 690; VI, 1386.

ابن مواطير Aben Abi Osaibia, pág. 78.

التّنْحرال B. A. H. VI, 1577.

ابن وُمْزال Abdeluáhid, edición *Dozy*, pág. 139.

40 (pág. 26).

Hace muchos años intenté yo hacer algo en este sentido, pero sólo con referencia á mi pueblo é inmediatos, donde muchas plantas y animalillos tienen nombres especiales; pero mis escasos conocimientos en Zoología y Botánica me detenían á cada paso, no pudiendo averiguar cómo se llamaba en castellano un animal ó una planta; á esto se debió el conocimiento del *epiphigium Perezii*, que en mi país llamamos *pantingana*, y nos hace mucho daño; quise averiguar su nombre y no me fué posible: había consultado sin éxito á profesores de Zoología, y ya profesor en la Universidad Central, consulté con mi compañero el Sr. Pérez Arcas, quien tampoco lo pudo determinar y, habiendo enviado varios ejemplares á un entomólogo especialista, recibió la desconocida *pantingana* el nombre de *epiphigium Perezii*.

Partiendo de la idea de que muchos de los nombres vulgares de animales y plantas, que no figuran en nuestros incompletos Diccio-

narios regionales, deben ser también conocidos en algunos de los dialectos franceses, escribimos á nuestro buen amigo el hispanófilo Mr. L. Barrau-Dihigo, rogándole que averiguase si en algún punto de Francia eran conocidos con el mismo nombre que en Ribagorza ciertos animales, cuyos nombres castellanos y ribagorzanos le dábamos: aunque nuestro amigo nos prometía extender su investigación á cuantos nombres quisiéramos, como nuestro objeto ahora era simplemente comprobar la bondad ó tontería de la idea, para en caso favorable señalarla á la atención de los aficionados á los estudios regionales, limitamos nuestra lista á muy pocos nombres.

El Sr. Barrau-Dihigo nos remitió extensas notas referentes á los nombres sometidos á su examen, indicando los nombres ó variantes con que se los designa en diferentes regiones, señalando por supuesto las fuentes autorizadas, y en extensa carta resumía el resultado de sus investigaciones diciendo lo siguiente:

«Para la palabra *paniquesa* no encuentro equivalente, ó mejor *análoga:* sin embargo, existe en Gers la palabra *pancarro* para designar la *comadreja:* esta palabra es dada por Mistral, que parece haberla tomado de Cenat-Moncaut, *Dictionnaire gascon français:* Si *pancarro* existe, hay en esto, á pesar de todo, algo interesante.»

«La palabra *pardal* se refiere, según todas las trazas, á la misma raíz que *passerat*, *passeroun*, etc., otras formas que sirven para designar el *gorrión*. Note usted que Mistral señala en Roussillon el empleo de la palabra *pardal*.» Los Glosarios de Schiaparelli y de Leyden, lo mismo que Abenguzmán, indican la existencia de este nombre (véase Simonet).

«En Raynouard encuentro la palabra *guiner* en sentido de zorra: evidentemente es lo mismo que el nombre aragonés *guineu* que usted me indica.»

«Resta el nombre *somero* (asno): aquí no puede haber la menor duda; usted notará la identidad de *somero* con *saumiero*, *saumieiro* y los diminutivos *saumeirat (someret)*, *saumeirot* y *saumeirou*.»

Aficiones bien diferentes me han llevado últimamente á encontrar un nombre quizá local de Ribagorza, de una variedad de olivo, poco conocida en España y que encuentro usado en alguna región de Francia; en la obra *El Olivo, La Aceituna, El Aceite*, de don Guillermo Guillén García (Barcelona, 1902), á pesar de que el autor se propuso dar los nombres de las variedades cultivadas en España, indicando los nombres de las conocidas ó comunes de cada región, no menciona la variedad llamada *piga*, indudablemente la mejor

de las variedades que se cultivan en Fonz (provincia de Huesca), y luego, mencionando algunas cultivadas en Francia, cita la *pigale*, que en el Herault llaman *pigau*, en Narbona *picatada* y en Grasse *Olivier marbré* y *Olivier tacheté;* es muy posible que la variedad designada no sea la misma, pero el nombre no cabe duda de que es el mismo.

41 (pág. 27).

Don Eduardo Jusué (B. R. A. H., t. XLV, pág. 419) después de haber citado documentos del *Cartulario del Monasterio de Santo Toribio de Liébana,* de los años 826, 829, 837 y 864, en los cuales aparece el nombre *gasalianes*, fija el significado de este nombre, que no consta en Ducange, diciendo:

«Esta voz *gasalianes* es genérica y significa personas asociadas á otra ó á otras para cualquier fin. Es de origen germánico de la misma raíz que la voz francesa *gazaille,* casi equivalente á la castellana *aparcería.*»

Del mismo Cartulario ha publicado después un documento del año 796 (B. R. A. H., t. XLVI, pág. 70), en el cual aparece de nuevo este nombre, que no encuentro en otros documentos de la misma época, y por tanto podría suponerse que en aquella región se usaba mucho, y poco en otras, aunque sí en Zaragoza, donde se conservó como apodo ó apellido de una familia.

A mitad del siglo XI, hacia la época en que Abenbuclarís escribía en Zaragoza su libro, por el cual consta el uso de palabras que hoy no entendería ningún zaragozano no erudito, probablemente sería conocida la palabra *gasalián*, pues era muy importante en dicha ciudad la familia de los Benigasalián, de la cual se mencionan dos ilustres jurisconsultos, *Abumeruán Abdelmélic, hijo de Abderrahman, hijo de Gasalián,* muerto después del año 500 (B. A. H., t. IV, b. 226 y t. VI, b. 1697), y su hijo *Abulháquem Abderrahman*, muerto en Córdoba en 554, mucho más citado que su padre (B. A. H., t. I, b. 750; t. III, b. 1.034; t. IV, b. 215, y t. V y VI, donde se le cita por incidencia, pág. 53, 216, 256, 312, 563, 576).

El Sr. Simonet (pág. 248 de su *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes)* incluye esta palabra con la forma *gaxalyan,* citando algunas de los documentos aquí indicados.

42 (pág. 27).

De más importancia que la familia de los Benigasalián en Zaragoza, fué sin duda la de los Benifórtis? بنو فرتش que florecía por el mismo tiempo, habiendo ya figurado algún individuo de ella en el reinado de Abderrahman III.

Respecto del apodo فرتش hay la particularidad de que su origen consta como bastante antiguo, pues Abenalabar nos dice que el primero á quien se aplicó este apodo, fué *Suléiman, tatarabuelo de Mohámad, hijo de Ahmed*..... y como Mohámad vivía hacia el año 350, el apellido *Fórtis* contaría en esta familia por lo menos unos ciento cincuenta años de existencia, ó sea hacia el año 200 de la hégira.

Abenhazam (Ms. Ar. Ac., n. 6, fol. 223 v., que corresponde al fol. 178 v. del Ms. de la Biblioteca de Túnez, n. 5013) dice que el solar de los *Beniodra* en Alandalus eran *Dalia* y فحصن y *Kahian*?; de ellos hay una gente en la Frontera y de ella son los *Benifortis*, de quienes hay muchos (número) en Zaragoza. En la copia de la Academia el nombre de los *Benifortis* está escrito بنو فوارش; pero en nuestra copia de este texto, hecha por mí en Túnez, consta de un modo correcto. Resulta, por tanto, que los Benifortis no eran una familia de renegados ó muladíes, como podía sospecharse por el apodo latino, sino de pura cepa árabe.

Hay que tener presente, por más que parezca observación obvia, que el mismo apodo ó apellido no prueba que todos los individuos que lo ostentan sean de la misma familia; así, entre los moros de Zaragoza que llevan este apodo, no resulta claro por la genealogía que todos entronquen con *Suleiman Fórtis*; mucho menos pretendemos que los *Fórtis* de Zaragoza, si se conservan hoy como hace cincuenta años, tengan este origen.

Podrían reunirse muchas noticias de los *Benifórtis* mencionados en sus biografías en los varios tomos de la B. A. H., pero en general tienen poca importancia; sólo diremos, aprovechando la ocasión, que la biografía de *Abdelmélic, hijo de Ismail, hijo de Mohamed, hijo de Fórtis*, mencionada en el texto publicado en el t. VI, bio. 1689, resulta bastante diferente en el códice existente en el Cairo y que nos fué facilitado por el distinguido bibliófilo Solimán Pacha Abaza, de cuyo códice tenemos fotografía: en dicho códice faltan las cuatro líneas últimas, que constan en el códice del

Escorial, y que por cierto en ellas se hace mención de la muerte del biografiado, estando preso en el castillo de ¿زشوين? en compañía de su hermano el cadí Mohámed, el jueves, á cinco por andar del mes rebi 1.° y fué enterrado en Zaragoza el sábado á dos noches por andar (*sic*) del mismo mes.

43 (pág. 27).

Dentro de la índole de la lengua árabe es tan característico el que los nombres deben poderse considerar como procedentes de una raíz árabe conocida, que el Sr. Dozy, consultado acerca del nombre propio ابمال que parece leerse en lugar muy preferente en una moneda de Zaragoza del año 428, no aceptaba la lectura por no existir en árabe la radical correspondiente ابل: la razón sería aceptable si el nombre se refiriese á personaje de origen árabe; pero el de la moneda, personaje sin duda de categoría, pudo ser de prosapia cristiana ó judía.

44 (pág. 28).

Es tan marcado el carácter arcaico que en los escritos aljamiados tiene la lengua empleada por los moriscos, que habiendo yo leído algunos trozos de un manuscrito redactado poco después del año 1525 al Sr. D. Jerónimo Borao, gran conocedor de la literatura aragonesa medioeval, le pareció que reflejaba el estado de la lengua á principios del siglo XV.

45 (pág. 30).

El haberse aplicado á la lectura de los nombres propios antiguos las reglas más ó menos exactas que se dan para el árabe escrito ó clásico, ha producido graves errores en la geografía arábigo-española: el و *uau* de prolongación después de la vocal *dama*, hace que ésta suene ordinariamente como *u* en lo árabe, y por esto se creyó que debía transcribirse *Tarracuna, Barceluna, Tarasuna*, siendo así que en realidad en lo aljamiado, y como aljamiados deben leerse los nombres propios, el *uau* de prolongación indica que en esa sílaba se carga el acento, *Tarracóna, Barcelóna, Tarasóna*, lo mismo que en *Osúna* y *Porcúna*, en cuyas dos palabras la misma combinación de signos deberá leerse *u*, no *o*.

Una cosa análoga sucede con la vocal *fatha* seguida de *álif de prolongación:* en árabe, generalmente indica sonido *a*; por eso Con-

de llamó á *Lérida* لاردة *Lareda*, cuando en realidad la escritura indica que se debe cargar el acento en la primera, que lo mismo podría leerse con vocal *a* que con vocal *e*, siendo ésta la que más comúnmente debe suponerse en lo aljamiado.

46 (pág. 30).

La forma del nombre de Balaguer بلاغي hubo de chocar á Dozy por la supresión de la *r*: habiéndole dicho, contestando á una carta suya, que hoy el pueblo pronuncia dicho nombre suprimiendo dicha letra, y que probablemente tal supresión era muy antigua, y que los árabes debieron oir el nombre de esta población pronunciado como hoy, me decía en carta de 19 de Noviembre de 1880: «Votre éclaircissement sur la prononciation du nom propre Balaguer m'a été fort utile.

»Je m'explique à présent comment il se fait que je trouve *Balague* chez un auteur du XII.e siècle et بلاغي chez les Arabes.»

El patronímico del nombre بلاغي aparece ordinariamente en los autores árabes bajo la forma بلاغيّ ó البلاغي. Como ya se encuentra citado el nombre de Balaguer en la forma بلاغي en Abenhayán al tratar del reinado del emir Abdala (de 275 á 300), resulta que la *r* se suprimía ya á fines del siglo IX, y creemos probable que lo mismo fuera al tiempo de la conquista.

47 (pág. 30).

Como algunas de nuestras letras representan hoy sonido muy diferente del que representaban en lo antiguo, se hace muy difícil dar con una transcripción aceptable de los nombres escritos con caracteres árabes; así, el nombre del río que hoy llamamos *Tajo*, en realidad lo representaba bien la forma árabe تاجه, pero es porque la *j* tenía entonces próximamente el sonido que tiene la *j* francesa y nosotros tenemos que asimilar á la *ch*; así que se pronunciaba como si hoy escribiéramos *Tacho*: el tratar de dar idea de cómo se llamaban algunas poblaciones al tiempo de la conquista, según lo que resulta del modo con que las transcribieron los árabes, se hace muy difícil por haber de comparar la fonética de dos escrituras, ninguna de las cuales nos es bien conocida: así, en el nombre *Gállego* citado, resulta que la *g* latina seguida de la *a* la transcribie-

ron por ح, lo mismo que en el nombre *Galicia*, y con referencia á *Galacia*, en Asia Menor, la transcribieron por غ; quizá haya de tenerse en cuenta la diferencia de pronunciación de una misma letra latina en diferentes regiones, y la diferencia del modo de percibir los sonidos según que el oyente estuviese acostumbrado á unos ó á otros.

48 (pág. 31).

Me ocurre con este motivo, aunque aquí quizá no venga muy á cuento, el error en que yo induje á Dozy al consultarle el contenido de una moneda, que yo creí de Zaragoza, y que después, por las observaciones del Sr. D. Antonio Vives, resultó indudable ser de Tudela.

Se trataba de una moneda, española por supuesto, del período de los reyes de Taifas, en la cual figuraba el nombre de un rey *Mondir*, que la acuñaba en nombre del verdadero ó supuesto Hixem II; como la moneda tenía grandes analogías con otras de Zaragoza del mismo tiempo y no constaba entonces en parte alguna que hubiese habido fuera de Zaragoza otro rey del mismo nombre, yo creí que podía atribuirse á *Mondir el Tochibí*. Dozy, á quien habían preocupado mucho las complicaciones, que en los autores árabes se traslucen respecto á los reyes de esta ciudad, y que por aquellos tiempos había encontrado noticias interesantes relativas al que ya entonces conocíamos como *Mondir II*, aceptó mi suposición, que cuadraba con los nuevos datos y al parecer los confirmaba; como en la moneda (núm. 1261 de la obra del Sr. Vives) no se conocía la fecha y estaba acuñada á nombre de *Hixem II*, aunque con el nombre الادريس, siendo así que Mondir, años antes las había acuñado en Zaragoza á nombre de *Hixem III Almotad*, inferimos como muy natural que, muerto éste en 428 y habiendo aparecido pocos años antes el supuesto *Hixem II*, Mondir le había reconocido como otros reyes de Taifas, y que la moneda era del año 428, aunque sólo aparecía en ella la unidad ثمان ocho; pero que después, convencido sin duda de la superchería, le había negado la obediencia, como parecían indicarlo los nuevos datos, según los cuales, el general Abdala, de acuerdo con el rey de Lérida, le dió muerte por haber negado la obediencia al legítimo califa Hixem II; todo esto parecía muy claro á Dozy, lo mismo que á mí; pero nuevos descubrimientos nos dieron á conocer monedas acuñadas pocos años después en Tudela por otro

Mondir, no conocido antes, á lo que se unió el que el Sr. D. Antonio Vives nos hiciese ver que el metal de la moneda en cuestión era muy diferente del que aparece en las monedas de la decena de 420 á 430, pues en este período se rebaja de un modo visible la ley de la moneda, tanto en el oro como en la plata, observación que tiene gran aplicación al estudio de las monedas de este período y que deberán utilizar los historiadores para apreciar el estado económico de la España musulmana durante el período de los reyes de Taifas.



CONTESTACIÓN

DE

R. MENÉNDEZ PIDAL

Señores:

Como acabáis de oir, hay en los estudios árabes multitud de aspectos que nos interesan para revelarnos algo del estado antiquísimo de nuestro idioma, pues los autores musulmanes empleaban á veces en sus obras alguna que otra voz tomada de boca de los vencidos españoles, cuando éstos aún no sabían emplear su propia lengua por escrito, valiéndose en tal caso sólo de la latina.

Esa abigarrada mezcla de vocablos que á veces ocurre en las obras transmitidas por intermedio de los árabes, fué notada desde muy antiguo; advirtióla ya el franciscano Rogerio Bacon, cuando hacia 1267 escribía su *Opus majus*, en los pocos años de respiro que, gracias á Clemente IV, le dejaron los superiores de su Orden, incansables en agobiar con trabas y entredichos aquella libre inteligencia, superior á su tiempo. En el capítulo del *Opus majus* que versa sobre la utilidad de las lenguas, Bacon, recomendando el estudio del árabe, nota también que las traducciones de libros científicos hechas al latín están llenas de vocablos españoles y de otras lenguas maternas, y á propósito refiere una anécdota de cátedra que le gustaba recordar.

Cuenta que, leyendo un día con sus alumnos la traducción latina del *Liber Vegetabilium*, atribuído á Aristóteles (hecha del árabe por el inglés Alfredo de Sareshel, hacia 1250, quizá en Toledo), no supo explicar el párrafo que dice «belenum in Perside perniciosissimum, transplantatum Hierusalem factum est comestibile». Bacon, no conforme con los doctores que afirmaban de ligero ser *belenum* voz árabe, declaró francamente no entender el vocablo. Pero entre los estudiantes había algu-

*

nos españoles que sonrieron ante esta sencilla confesión del doctor mirabilis: ellos comprendían bien el pasaje, pues *belenum* no era en verdad ninguna voz arábiga, sino lisa y llanamente la española *beleño*, voz que quizá se hallaría en el texto árabe perdido del libro de Aristóteles, pues hacia 1110, Ben Buclarix, en su tratado de materia médica, al lado del nombre árabe de la planta, usa de la voz *belenyo*, dándonos el primer testimonio de ella antes que la podamos descubrir en escritos de los cristianos.

Pero si desde tan antiguo se ha llamado la atención sobre estos primeros testimonios del habla vulgar española, lo cierto es que, según nos ha dicho el Sr. Codera, esos vestigios permanecen aún sin estudiar debidamente, como riqueza enterrada en un yacimiento rebelde á la explotación. El aprovechamiento de esa materia es muy difícil, como acabáis de oir; pero la misma dificultad es atractiva y estimula el interés; por donde, al verme ahora en el trance de contestar al discurso de Codera, siento la tentación de rebuscar algo en el terreno que por mi incompetencia debiera serme vedado. No voy, empero, á desobedecer el último encargo del discurso que aún suena en nuestros oídos; jamás lo haría, á pesar de que Codera tiene indulgencia paternal para sus discípulos (y yo soy uno de ellos, aunque olvidadizo y, ya hace mucho, desertor), si no contase con la licencia y los consejos del maestro, que me permiten hablar apoyado en aquélla y pertrechado con éstos.

Mi tentación consiste en que entreveo la posibilidad de examinar cierto número de esos viejos vocablos transmitidos por medio de la literatura árabe, y agruparlos de modo que nos den alguna idea, aunque muy vaga, de lo que era nuestro idioma en esa época de sus orígenes que podemos llamar prehistórica.

El pueblo hispano-godo que se quedó á vivir entre los musulmanes vencedores del rey Rodrigo, conservó su propio lenguaje; como, por ejemplo, el pueblo beréber del Norte de Africa conservó el suyo (y lo conserva hasta hoy día) conviviendo con el idioma árabe.

Era entonces la de los españoles una lengua que estaba muy lejos de poder aspirar á un cultivo literario, frente á la lengua latina que era la oficial en el imperio visigodo; y claro es que los mozárabes, por el estado de postración en que cayeron, no podían llevar su idioma á un grado de desarrollo conveniente para que, andando los siglos, se convirtiese en lengua escrita. A pesar de las exageradas afirmaciones de Simonet, hemos de creer que la lengua de los mozárabes permaneció estacionaria y pobre; figurémonos su estado comparándola al castellano que hablan hoy los judíos españoles, dispersados entre la población musulmana de Turquía por el decreto de expulsión de 1492: conservan, sí, la lengua castellana, á pesar de cuatro siglos transcurridos; mas aunque ésta en la época de la expulsión florecía con un antiguo cultivo literario, los judíos la conservan estancada, casi en el mismo estado en que se hallaba en el siglo xv, sin participar de los progresos que hizo en la Península. Claro es que en situación aún más desfavorable conservarían los mozárabes una lengua que aún no había llegado á escribirse nunca; pero el estacionamiento mismo con que la conservaran daría gran interés á ese lenguaje, si algo lográsemos saber de él, pues nos dejaría adivinar lo que había sido el romance español de la época visigoda.

Además, los mozárabes no sólo representan la lengua de esa época casi sin evolución, mejor que podían hacerlo los nuevos reinos cristianos del Norte de España, sino que la representan sobre una extensión territorial grande y variada, equivalente casi á la de la totalidad del reino destruído, ó al menos de sus regiones más prósperas y cultas, mientras los cristianos del Norte la representan sólo sobre una región pequeña y apartada del antiguo centro político visigodo. Compréndase ahora la importancia que tendría el poder sondear el lenguaje mozárabe en varias de las comarcas apartadas en que se hablaba; mas, por desgracia, los mozárabes no nos dejaron de su idioma ningún monumento escrito, y sólo una que otra voz de su boca pasó á la pluma de algún escritor árabe.

Ahora bien; ¿podríamos, á través del extraño consonantis-

mo y del impreciso vocalismo del alfabeto árabe, averiguar los sonidos que los musulmanes oían á la población románica española que entre ellos se había quedado á vivir? Si esto lográsemos, tendríamos una idea de lo que era la lengua hablada en el imperio visigodo el día de su ruina.

Refiere Jordanes, el historiador de los godos, que cuando este pueblo emigraba á la Escitia conducido por su rey Filimer, al atravesar un largo puente se hundió éste con el peso de los ganados y los hombres, quedando muchos de unos y otros sepultados en las grandes lagunas y tremedales, que hacían intransitable aquella tierra: y aun hoy, añade Jordanes, cuantos por allí pasan aseguran que se oyen á lo lejos confusas palabras de hombres y voces de rebaños sumergidos allí en los pasados siglos. Tal leyenda pudiéramos aplicarla á la ruina posterior del imperio hispano-gótico. Este, al choque de la invasión islamita, desapareció sumergido en el florecimiento militar y literario de los conquistadores; pero después de los siglos, voces confusas de ese pueblo anegado se dejan oir perdidas en el vasto fondo de la literatura arábigo-hispana, y nosotros, como los pasajeros de Jordanes, nos sentimos atraídos á escuchar esas palabras llenas de misterio, para sorprender en ellas algo de lo que podía ser el idioma que hablaba el pueblo hispano-godo el día que se hundió en la desastrosa laguna de la Janda.

Intentemos recoger algunas de estas voces.

El cordobés Ben Cuzmán nos da el modelo más insigne de lo que era la lengua árabe tal como se hablaba entre los moros cultos de España á principios del siglo XII; Ben Cuzmán canta en sus versos el vino y el amor, como tantos otros poetas árabes: pero su novedad, para nuestro caso, consiste en que, como nos ha explicado Codera, el autor cordobés salpica la lengua árabe con vocablos españoles. Así el códice de San Petersburgo, único que nos conserva las poesías de Ben Cuzmán, á pesar de estar copiado allá en Oriente por un musulmán que nada sabría de las lenguas romances de España, es precioso recurso para el estudio de éstas, pues nos conserva muchas palabras que los mozárabes cordobeses habían infil-

trado en la lengua de sus dominadores. Notemos, ahora solamente, que Ben Cuzmán usa un nombre del calendario cristiano, el del mes de Enero, á que llama *yenáir*. Por otra parte, el ilustre literato Ben Jóljol, médico del califa Hixem II, en un comentario árabe sobre el botánico griego Dioscórides, escrito en Córdoba el año 982, registra el vocablo *yenexta* como usado por los españoles andaluces para designar la planta hiniesta; y el herbolario malagueño Ben Albeitar nos transmite también el diminutivo *yenextella* con que el romance de la región que este autor conocía designaba otra planta análoga á la hiniesta. Por tales ejemplos vemos que, tanto en *yenáir* como en *yenexta*, los mozárabes andaluces conservaban la *j* ó *g* latina inicial de januarius, genesta, del mismo modo que conservaban la de juncus, junius, diciendo, según el testimonio de otros autores árabes, *yunco*, *yunio*. Ahora bien, la lengua castellana difiere de los demás idiomas romances sus hermanos en perder la *j* ó *g* latina inicial delante de *e* ó *i* inacentuada, por ejemplo en los vocablos *enero*, *hiniesta*, *hinojo*, *helar*, *enebro*, mientras los otros idiomas de la Península conservan la consonante latina, de acuerdo con el francés, italiano y demás idiomas romances, y así el portugués dice *janeiro*, *giesta*; el leonés y aragonés *genero*, *giniesta*, y el catalán *janer*, *ginesta*. Por donde vemos que el romance hablado en la Andalucía, antes de la reconquista de esta región, convenía en este rasgo con el portugués, leonés, aragonés y catalán, y no con el castellano.

La misma observación se desprende de otra clase de vocablos que nos muestran que la *j*, característica del castellano (como sonido derivado de los de *ly*, *c'l* y *g'l* latinos), no era conocida en la España mozárabe. La hierba, llamada en castellano *cerraja*, llamábase entre los mozárabes *xarralla* ó *xarralya*, según nos lo atestiguan autores árabes de muy diversas regiones, entre otros el malagueño Ben Albeitar, el zaragozano Ben Buclarix, ya citados, y el tunecino Ben Aljazzar; y los moros granadinos del siglo XV no llamaban á la planta sino *xarráyla*. El animal que en castellano se llama *conejo*, se decía entre los mozárabes *conelyo*, *conelya*, según el cordobés

Abulwálid y el zaragozano Ben Buclarix, y la voz se pronunciaba también así (*conilya*) por los mismos musulmanes que en el siglo XIII vivían en el reino de Valencia. Hasta los mozárabes toledanos, á pesar de convivir con los reconquistadores castellanos que pronunciaban *afijado, meaja, viejo*, seguían pronunciando como sus antepasados *enfilyat, medalya, velyo*. En suma, por tales ejemplos vemos que el habla mozárabe difería del castellano en no usar la *j* en estas voces, sino la *ll*, coincidiendo con los demás idiomas romances, incluso el portugués, leonés, aragonés y catalán, que todos obran de acuerdo en esto contra el castellano.

De todos los demás romances se diferencia también el castellano por su *ch*, correspondiente á los sonidos latinos *ct* ó *lt*. Así, mientras el portugués, leonés occidental y aragonés dicen *feito, leite, noite* ó *nueite*, y el catalán *fet, llet, nit*, concordando en sustancia con el italiano, francés, etc., el castellano creó un sonido nuevo, diciendo *hecho, leche, noche*. Pues bien, este sonido especial no existía entre los mozárabes, según se desprende del nombre de *lahtairuela*, que les oía pronunciar en el siglo XI el zaragozano Ben Buclarix, para designar una hierba lechera; ó el de *lahtaira*, que les oía en el siglo X el cordobés Ben Jóljol, para designar la planta cuajaleche. Añadamos que los moros cordobeses habían tomado de los mozárabes el vocablo *nohte* por noche, voz incluída por el citado Ben Cuzmán en sus poesías árabes.

Estos y otros rasgos por el estilo que podríamos reunir nos vienen á mostrar una conclusión importante: el romance que durante la dominación musulmana se hablaba en Andalucía, en Zaragoza ó en Toledo se parecía, más que al castellano, á los otros romances peninsulares. Quizá más que á ninguno se parecía al gallego-portugués y al leonés occidental en conservar tenazmente el diptongo *ei*, que el castellano y el catalán desecharon pronto. En Córdoba, en el siglo XII, Ben Cuzmán escribía palabras como *pandáir* ó pandero, *fajáira* ó fazera, por cara, *yanáir* ó janeiro, nombre del primer mes del año. Un literato de Valencia, muerto poco antes que Don Jaime el Conquistador se apoderase de esa

ciudad, era apodado *Çabatáir* como si dijésemos, á lo gallego, el zapateiro; y esta pronunciación era la corriente en los hispanismos acogidos por el árabe de las costas levantinas de España, donde en el siglo XIII se decía *febráir*, *pandáir*, *xáira* y *xairon* (para designar lo que el portugués llama seira y el castellano sera ó serón), *xemtáir*, por sendero, *ballextáira* por ballestera, nombres que aún hoy duran en el árabe de Marruecos y de Argelia. Los mozárabes toledanos, en el mismo siglo XIII y en medio de los castellanos reconquistadores, seguían diciendo *vaiga* de mejor gana que *vega*, y *xemtáir febráir*, como los moros levantinos. En fin, todavia á fines del siglo XV, cuando (digámoslo con un juego de palabras entonces de moda) Granada fué ganada, los moros recién sometidos á los Reyes Católicos pronunciaban *escaláira* por escalera, *calçetáir* y *çapatáir* por calcetero, zapatero, etc. (formas tomadas por ellos del romance hablado desde antiguo en aquel reino), y conservaban por ese estilo gran porción de nombres topográficos, en vista de los cuales diríais que los reconquistadores castellanos recobraban una región que, antes de arabizada, había sido gallega: en la escritura de erección de la flamante diócesis de Granada, fecha en 1500, y en el repartimiento de lugares de moriscos hacia 1574, halláis nombres de pueblos como *Capileira*, *Pampaneira*, *Junqueira*, *Lanteira*; nombres que en su mayoría aún hoy perduran, con esa extraña forma, en las provincias de Granada, Málaga y Almería. Los castellanos tuvieron que someterse á la primitiva pronunciación románica del país, sin fuerza para alterarla, salvo en casos excepcionales; por ejemplo: lograron generalizar el nombre de *Colomera* para el pueblo fronterizo, que Ben Alhatib, el famoso secretario de los reyes de Granada, llamaba *Colombáira*.

En conclusión: atendiendo á todos estos testimonios que rápidamente hemos aducido, creo que el habla de los mozárabes, ora de Zaragoza y Valencia, ora de Córdoba, Granada ó Toledo, tenía ciertos caracteres comunes que la distinguían de la después cultivada en Castilla, y que no podía poseer sino como continuación de una cierta unidad de idioma pro-

veniente de los tiempos visigodos. Por lo tanto, remontándonos más, creo que el habla toledana, usada por los nobles y el pueblo de la corte del rey Rodrigo, se parecía antes bien al gallego y al asturiano ó leonés occidental que al castellano. Desde entonces, ¡cuánta honda conmoción de razas y dominaciones trastornó á la imperial ciudad, antes que su claustro catedral, su Zocodober y sus tenerías viniesen á ser el centro y norma del buen decir castellano, para todas las clases sociales, según creían los contemporáneos de Cervantes.

En fin, esta opinión que acabamos de exponer trae como consecuencia una sumaria teoría del estado prehistórico de los idiomas romances en la Península. Estos hallábanse hasta el siglo XI distribuídos en forma muy diversa de la que después estuvieron. En el mapa lingüístico de España desde el siglo XIII acá los dos extremos dialectales, es decir, el portugués y leonés al Occidente, y el catalán y aragonés al Oriente, están absolutamente aislados por el castellano, que entre uno y otro se dilata en una zona central ensanchada notablemente de Norte á Sur. Muy al contrario nos hemos de representar el mapa antiguo: esos dos extremos, no sólo se acercaban más por el Norte, sino que se unían en el centro y el Sur, mediante el habla de las regiones de Toledo y Andalucía, análoga á la de los extremos. Es decir, lo mismo la corte que las últimas provincias del reino visigodo hablaban una lengua bastante uniforme en sus rasgos principales, hecho que nos explica las chocantes semejanzas que enfrente del castellano encontramos hoy entre el portugués y el leonés de un lado, comparados al catalán y aragonés de otro. Sólo allá, al Norte del reino visigótico, se alimentaba latente una radical disidencia lingüística, en un rincón de la Cantabria, en la tierra encastillada y fuerte, que luego vino á ser foco de una disidencia política, proclamada y afirmada por rebeldes famosos, como el gran conde Fernán González. Pero más tarde, en los siglos XI y XII, la expansión militar y social de ese pequeño rincón de España, el empuje que Castilla supo dar á la reconquista y á la literatura, propagó el dialecto

castellano, antes insignificante, dilatándolo por el Sur, de donde desalojó al empobrecido idioma de los mozárabes, rompiendo así el lazo de unión que antes existía entre los dos extremos oriental y occidental. He aquí por qué hoy aparecen totalmente aislados, á pesar de sus chocantes semejanzas, el portugués y leonés del catalán y aragonés, dialectos extremos que antes se daban la mano por el intermedio de una serie de dialectos afines que se hablaban en Toledo y en Andalucía.

*
* *

He dicho que había empezado esta disquisición contando con el consentimiento del Sr. Codera; pero ahora doy en recelar que quizá no cuente ya con él, pues he llegado á afirmar demasiado. Codera, por su manera de ser, huye de todo lo hipótetico, y bien sabemos los que hemos sido alumnos suyos hasta qué punto nos inculcaba el espíritu de la prudente duda científica.

Para quien no esté habituado á experimentar las peligrosas complicaciones que entraña todo problema histórico, una consulta dirigida á Codera suele tener un resultado desconsolador, porque lejos de conducir á una solución, acaba en un encogimiento de hombros, gesto habitual del maestro. Pero bien recuerdo lo educador que para nosotros, sus alumnos, resultaba este ademán, por lo mismo que es tan poco frecuente. En cambio, tenemos siempre entre nosotros el tipo opuesto á Codera: el erudito vulgar, que satisfecho de su mucha doctrina, y sintiéndose siempre seguro de sus improvisadas opiniones, las prodiga á la menor ocasión, hablando acaso de gramática sin saber distinguir sus partes, ó bien, si está mejor documentado, sin darse cuenta de que cada problema exige, no una orientación general, sino, como acaba de decir Codera, una especialización que permita abarcar firmemente un con-

junto de conocimientos para dar opinión en cuestiones á él referentes. Este tipo abunda merced á la opinión vulgar que cree que la ciencia es sólo una afirmación de cosas averiguadas, y se comprende muy bien lo útil que nos era á los estudiantes hallar al maestro siempre propenso á decir que no sabía, pues así veíamos cómo la ciencia no es una cosa hecha, sino que se hace de continuo. El maestro aducía muchos datos acerca de una cuestión, y en seguida, él mismo, los invalidaba, haciendo comprender la dificultad de una solución terminante, y guiando á la duda provocaba el esfuerzo para que el alumno se crease laboriosamente una opinión propia.

Otra cualidad de Codera, recuerdo, nos impresionaba: la generosidad más absoluta. Comenzaba á manifestársenos en el préstamo de libros que él hacía pródigamente, cuando aún apenas nos conocía. Bien lo sabéis cuantos prestáis libros; el plazo del disfrute tiende con facilidad á convertirse en indefinido, y el volumen no vuelve á su dueño. Pero Codera, á este argumento de la experiencia diaria, contestaba tranquilo en su decisión: «Más quiero perder alguno de mis libros que no guardarlos inútiles en el estante cuando alguien los necesita.»

Luego probábamos otra generosidad mayor. Codera da toda su erudición á quien quiera que se la pide, y no la da sólo en conversación y en consejos, sino en los propios apuntes originales. Es más, Codera, al hacer sus lecturas, no piensa en sí mismo, no toma sólo las notas que cree serán provechosas para los trabajos que proyecta, sino que piensa sobre todo en ser útil á los demás y sacrifica firme y resignadamente su tiempo, tomando cuantas notas hayan de ser útiles á cualquiera que pueda presentarse necesitándolas. Así Codera ha llegado á formar un rico aparato histórico, mediante el metódico esquilmo de los historiadores árabes, aparato que hemos utilizado cuantos lo necesitamos, y que ahora se está copiando íntegro en sus 50.000 cédulas, para entregarlo al príncipe Leone Caetano di Teano, quien queriendo publicar un grande Onomástico del Islam, ha codiciado los caudales reunidos por Codera. Este ha llegado al más perfecto desinterés científico: él no se estima á sí mismo en nada; la ciencia á que sirve lo

es todo; él se considera como un simple eslabón en una serie, destinado á mantener la continuidad, y no otra cosa. Por esto su trabajo es para el primero que lo solicita.

El fondo mismo de la enseñanza dada en clase por Codera, recuerdo haber tenido para nosotros bastante de útil novedad. Entonces (no sé si aun ahora), la enseñanza de las otras lenguas era, generalmente, ó un enorme cúmulo de reglas teóricas que poco ayudaban á la práctica, ó si acaso un esfuerzo por dominar la práctica y llegar á traducir el idioma estudiado; pero nada más. Mientras en árabe, la gramática se reducía á 100 paginillas; las reglas se iban dando conforme se necesitaban en la práctica, y así se llegaba pronto á traducir; pero luego, el traducir no era el fin de la enseñanza, sino un instrumento para penetrar algo en la vida y el alma de los pueblos de lengua árabe: en clase íbamos entreviendo algo de la política, la religión, la vida privada de los musulmanes. Examinando, por ejemplo, las monedas arábigo-hispanas, ejercitándonos en sacar improntas de ellas y en clasificarlas, nos ensayábamos en cuestiones cronológicas y aprendíamos algo de los descubrimientos que en esta materia había hecho Codera, quien con ayuda de las monedas estudiadas según todo un sistema original, rectificaba muchas noticias recibidas en las historias de los musulmanes; dando los primeros pasos en la paleografía aljamiada, estudiábamos algo de la vida religiosa y jurídica, sobre todo de la literatura novelesca de los últimos moriscos que en España residieron; leyendo algún historiador árabe, Codera nos exponía el fruto de sus propios trabajos mostrándonos cómo la novelesca historia de Munuza y Lampegia, ó los orígenes de Aragón y de Navarra tan llenos de misterio, ó la rota de Roncesvalles, famosa en el mundo por el genio de la poesía francesa, no habían recibido aún de los textos árabes toda la luz que debía esclarecerlos. Así veíamos que el estudio del árabe podía ser para nosotros una fuente de trabajos propios, y nos esforzábamos por aprovechar en él.

Esto se hacía sin que Codera se molestase lo más mínimo en exponer la importancia de su asignatura, cuestión que en-

tonces solía absorber las explicaciones de algún catedrático hasta por espacio de dos ó tres meses. Codera no gastaba en esto palabras expresivas; no intentaba convencer á sus alumnos del interés que el estudio del árabe encerraba. Pero por sus trabajos en clase, por sus conversaciones continuas, por su vida toda, aparecía á nuestros ojos como el interés mismo personificado; y esto, claro es, convencía y atraía más que largas disertaciones y razonamientos: no despertaba la viva curiosidad de un instante, sino, á la larga, el convencimiento duradero.

Al fin de curso, Codera se ofrecía, con palabras tan escasas cuanto sinceras, á continuar privadamente las relaciones de estudio que entonces terminaban en la Universidad; y el que aprovechaba esa invitacion hallaba siempre la más franca acogida en el despacho de Codera, entre paredes tapizadas de volúmenes, entre cajas llenas de un bien organizado aparato científico, y al lado de un maestro dedicado enteramente á registrar esas cajas y á recorrer los estantes en obsequio del aprendiz. Allí se veía á Codera rodeado de sus discípulos como de su única familia, y el neófito se encariñaba pronto con aquel ambiente de trabajo, con aquella consagración asidua á una materia ardua y rebelde.

Allí se iniciaron varios continuadores de la obra del maestro. El primero de todos Don Julián Ribera, hoy catedrático de Madrid, recién elegido en nuestra Academia, el que más ha hecho por el ensanchamiento de la escuela naciente; luego Don Pascual Menéu, que también ocupa una cátedra; y alrededor de éstos los prosélitos aumentaron: Pons y Roca, malogrados cuando empezaban á dar sus primeros frutos; Asín, eminente investigador en el campo de la filosofía musulmana; Gaspar y Ramiro, Linares, doctos cultivadores de la historia política, diplomática y social de los moros españoles y africanos. En fin, se formó todo un grupo de trabajadores en las cosas árabes, cuando antes no había habido sino algunos eruditos insignes, que, como suele suceder desgraciadamente con los hombres de ciencia en España, morian sin sucesión, dejando tras sí un vacío que nadie llenaba.

Cuando yo conocí á Codera, la escuela pasaba malos tiempos. Ribera estaba alejado en Zaragoza, y el maestro se hallaba solo, teniendo que hacer en sus trabajos los esfuerzos de un Robinsón. Hallábase empeñado en la publicación de Ben Alfaradhí, que formaría los tomos 7.° y 8.° de la Biblioteca Arábico-hispana. Era esta Biblioteca el primer esfuerzo que modernamente se hacía en España para contribuír á la edición de textos árabes; sus tomos ofrecían unidad de asunto, pues todos contenían biografías de musulmanes españoles célebres, como doctores y literatos. En esta grave empresa de cultura científica, Codera era el autor, Codera hacía de editor y, aun más, Codera hacía de cajista, pues rota en nuestro país la tradición de estos trabajos, faltaban también las imprentas capaces de hacerlos. Los manuscritos árabes del Escorial que, por una feliz liberalidad después no imitada, podían pasar temporadas largas en casa de Codera, iban copiándose directamente del códice original en el plomo de la imprenta, sin intermedio de amanuense extraño, sin que en la pesada tarea mediasen más que los ojos y las manos de Codera, ó á todo más, de alguno de sus discípulos.

El Ben Alfaradhí que entonces publicaba Codera, habíalo obtenido de un librero de Túnez, quien sacando el manuscrito, como para su uso, de la mezquita donde se custodiaba, lo había remitido á Madrid por el correo. No se comprenderá bien todo el esfuerzo de convicción que Codera hubo de desarrollar para este préstamo del benemérito librero tunecino, si no se tiene idea de lo que es el comercio de libros en Africa. Codera estaba aquel año recién venido de su viaje científico por Orán, Argel, Túnez y Constantina, gracias al cual había registrado buen número de bibliotecas, ora de las mezquitas, ora de los particulares, y nos relataba frecuentemente los esfuerzos de perseverancia y maña que había empleado en vencer la repugnancia que el musulmán tiene para facilitar sus tesoros bibliográficos á un extranjero; moro hay que no consentiría que sus libros, llenos del santo nombre de Allah, fuesen tocados siquiera por las manos de un infiel; la pregunta de si es lícito escribir el Corán en papel fabricado

por los cristianos, fué contestada negativamente por algunos doctores.

En este medio hostil supo Codera insinuarse tanto, que logró ver algo más que otros doctos arabistas europeos que le habían precedido en la visita á las bibliotecas; pero aun así, las dificultades eran enormes. El acceso á una biblioteca, sobre todo si es privada, es siempre un señalado favor. Laberínticos pasillos dan entrada á una habitación chica, jamás bañada por el rayo del sol, sino por una luz refleja y escasa; en la habitación, fuera de la anaquelería de los libros, no hay otro mueble, salvo acaso una silla que nadie se atreve á ocupar el primero. Allí el visitante, de pie, hostigado por las miradas de los curiosos, por las atenciones del dueño de la biblioteca y por la impaciencia del amigo introductor, carece de la necesaria tranquilidad para la lectura; pero es preciso aprovechar la difícil visita, y Codera, tomando al azar un volumen ú otro, sabe hallar materiales para rehacer la historia de los reyes de taifa aragoneses y andaluces, ó sabe descubrir relatos de las embajadas que de continuo llegaban á Córdoba á raíz de la muerte de Fernán González, para pedir á Alhákem II paz ó protección, ora á nombre del conde barcelonés Borrell I, que envía al califa 30 esclavos ricamente ataviados, ora á nombre de Fernán Laínez, conde de Simancas, ó de Fernán Ansúrez, conde de Monzón, sorprendiendo noticias de estos y otros personajes cristianos, muchos de ellos olvidados desde antiguo en su patria, y de los cuales sólo queda hoy memoria en los libros árabes de estas bibliotecas africanas.

Todas estas dificultades aumentan con la honradez bibliográfica de nuestro tiempo, que no tolera aquellos pasados bibliopiratas sin ley. Rodríguez Marín nos ha contado con su habitual donaire que el hebraista Don Francisco Orchell se creía autorizado á hurtar un libro si concurrían cuatro condiciones: 1.ª, que el libro no estuviese venal en las librerías; 2.ª, que el poseedor no quisiese venderlo, ni regalarlo y no fuese capaz de sacar más utilidad de lo que guardaba que el perro del hortelano; 3.ª, que la posesión del libro fuése de primera utilidad para Orchell, y 4.ª, que éste hallase una oca-

sión propicia para (digámoslo con un eufemismo) para ser el primer ocupante del libro que él consideraba cosa *nullius*.

Las cuatro condiciones reunía, y alguna aún más favorable, un codiciado volumen de la biblioteca que en Constantina poseía el noble musulmán Sidi Hamudah. De una ligera noticia sobre ese libro, comunicada por un profesor francés de Argel, había inducido Codera que se trataba de uno de los tomos del Almoctabiç escrito por el cordobés Ben Hayyán, príncipe de los historiadores árabes, obra de la cual sólo se conocía un tomo conservado en Oxford, siendo así que la obra total consta de diez, todos referentes á la Historia de España y escritos, al parecer, en presencia de documentos oficiales árabes. Codera, al llegar á Constantina, comprobó su inducción; aquel libro era, en efecto, un segundo tomo de la deseada obra de Ben Hayyán, y hallaba que, no sólo el poseedor del volumen, sino un erudito europeo, desconocían el grande interés del mismo; además, el dueño no lo quería vender á ningún precio; ni siquiera se encontraba quien se encargase de sacar de él una copia. Y en estos apuros, alguien poco escrupuloso se brindaba á intentar una sustracción. Claro es que Codera renunció á este modo de adquirir, que Orchell hubiera dado por bueno, y se aventuró á esperar tiempos mejores. Estos llegaron, y Codera obtuvo una copia del manuscrito de Constantina, gracias á la cual nos pudo participar el circunstanciado relato de importantes episodios históricos del siglo x, por ejemplo, la prisión de los embajadores castellanos en Córdoba en los últimos años de Alhákem II, y la desastrosa campaña que contra el castillo de Gormaz emprendieron el año 975 el conde de Castilla Garci Fernández y el rey de Navarra Sancho García, sangrientamente deshechos junto al Duero por el famoso Gálib, el suegro de Almanzor; páginas de nuestra historia antes absolutamente ignoradas, y ahora palpitantes con ese interés de actualidad que saben dar á sus relatos los historiadores árabes, y más un escritor del mérito de Ben Hayyán.

Como fruto de su viaje al Africa, Codera no sólo publicaba esos estudios, sino que enriquecía la biblioteca de la Aca-

demia de la Historia con unos cincuenta códices referentes á cosas de España. Hizo Codera este viaje por especial iniciativa y empeño de Cánovas, que entonces era presidente de aquella Academia. Un político de la gran cultura de éste podía interesarse por tales empresas, yendo á buscar á Codera para sacarle de su retraimiento habitual; pero los trabajos del maestro no podían ser bastante apreciados por la generalidad, y pocos años después me comunicaba Codera con resignada amargura que el Ministerio de Fomento había suprimido el escaso auxilio que concedía á la Biblioteca Arábico-hispana, y que ésta tenía que cesar en su tomo X.

Codera no tuvo una queja para este golpe. Al abandonar forzosamente la útil empresa en que estaba empeñado, se puso inmediatamente á trabajar en una continuación de la Historia de los Musulmanes españoles de Dozy, y pronto publicó un tomo dedicado á la dominación de los almorávides, desenmarañando la complicada cronología, los confusos relatos de la época y pintándonos á los nuevos invasores de España algo menos bárbaros y fanáticos que lo que Dozy había juzgado.

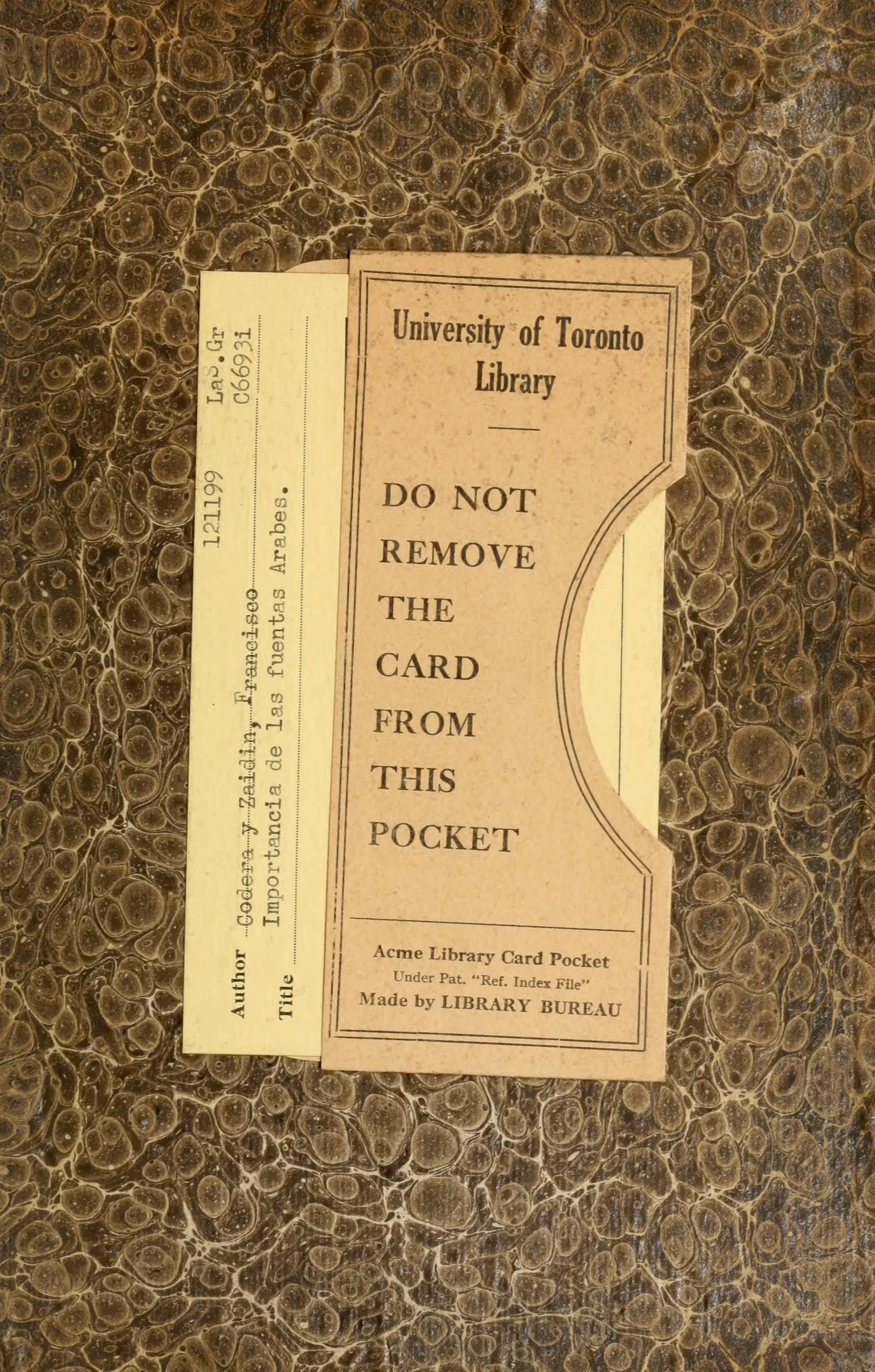
***

Debiera yo aquí ahora, según costumbre de estos actos académicos, no contentarme con los recuerdos que buenamente acuden á mi memoria, sino enumerar y examinar las obras principales del que entra á formar parte de nuestra Corporación. No lo haré (aunque, no haciéndolo, lleve mal la voz de la Academia en este acto), porque me siento sin títulos para ello. Los tenía como nadie, uno de los más antiguos miembros de esta casa, el eminente arabista D. Eduardo Saavedra, pues á sus profundos conocimientos en las materias cultivadas por el Sr. Codera, suma una temprana amistad con el mismo. Por esto, él fué quien al frente del volumen

de estudios eruditos que los orientalistas europeos dedicaron en 1903 á Codera, expuso la interesante biografía y trazó la copiosa bibliografía de éste; él era, sin duda, el indicado para recibirle hoy aquí, diciendo todos los méritos, reseñando los múltiples trabajos del nuevo académico que viene á honrar nuestra Corporación. Al deber yo sustituír al Sr. Saavedra, no puedo ver en Don Francisco Codera un compañero, y sólo se me ocurre manifestar alguna de las ideas é impresiones que en un estudiante despertaba el trato con Condera. Esta manifestación es el único saludo que ahora acierta á dirigir á su antiguo maestro, quien al recibirle en esta casa se siente conmovido, sobre todo, en los recuerdos de antiguo discípulo, que si no son los del aprendizaje, ya olvidados ciertamente, son los que no se desarraigan del corazón, los de la gratitud y del cariño.







University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
121199
LaS.Gr
C66931
Author Codera y Zaidin, Francisco
Title Importancia de las fuentas Arabes.

